

BOLETIN SALESIANO



REDACCION Y ADMINISTRACION GENOVA 32 JURIN (ITALIA)



El amor al prójimo es uno de los mayores y más excelentes dones que la divina bondad puede conceder a los hombres

(S. FRANC. DE SALES)

Oa recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande esmero su educación cristiana; y proporcionadle libros que la enseñen a huir del vicio y a practicar la virtud.

(PIO IX)

Redoblad vuestras fuerzas a fin de apartar a la niñez y juventud de la corrupción e incredulidad, y preparar así una nueva generación.

(LEÓN XIII)

AÑO XXIV — N. 5

PUBLICACIÓN MENSUAL

MAYO de 1903

OREMUS PRO PONTIFICE NOSTRO LEONE

Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra, et non tradat eum in animam inimicorum ejus.

OREMOS POR NUESTRO PONTIFICE LEÓN XIII

El Señor le conserve, y le dé vida, y le haga feliz en la tierra, y no lo entregue en las manos de sus enemigos.

SUMARIO — A los Cooperadores pag. 113
 La Coronación de María SS. Auxiliadora 114
 El Espíritu de un Apóstol 115
 Documentos Salesianos 117
 DE NUESTRAS MISIONES. — Patagonia (Territorio del Neuquén)
 — Colombia: D. Albera en los Lazaretos de Contratación
 y de Agua de Dios. 120
 Gracias de María Auxiliadora 130

Crónica Salesiana 13
 A los niños 136
 Memorias biográficas de Mons. Luis Lasagna 137
 Necrología: Da. Dolores Serra de Chopitea 140
 NUESTROS GRABADOS. — Santuario de María Auxiliadora —
 Estancia Pávia en Cuhunco — Pasando al Rio Catanilil —
 Cementerio de Indios del Neuquén.

A los Cooperadores

El día 24 del pte. mes, es la fiesta de Nuestra Patrona, María Auxiliadora. Si todos los años debe celebrarse con devoción y entusiasmo, este que es el de su solemne Coronación y triunfo, el celo de los buenos Cooperadores debe manifestarse en todo su fervor y afecto. Invitamos por tanto á todos á que la celebren con solemnidad especial y asistan á la Conferencia Reglamentaria. Reiteramos así mismo nuestra invitación á los que deseen asistir al Congreso Salesiano y á la Coronación solemne el 17 de este mes. Sería de desear que los que puedan solemnizar este día ya con reuniones, ya con festejos religiosos ó bien con cualquier otra Obra buena.

¡Que la Virgen Auxiliadora bendiga vuestros esfuerzos y que todo resulte para su mayor exaltación y triunfo!

La Coronación DE MARIA SS. AUXILIADORA

— 17 Majo 1903 —

Creemos sea del agrado de nuestros benévotos lectores, añadir algunos datos acerca de la extraordinaria solemnidad con que el 17 de este mes de Mayo se celebrará la Coronación de María Auxiliadora.

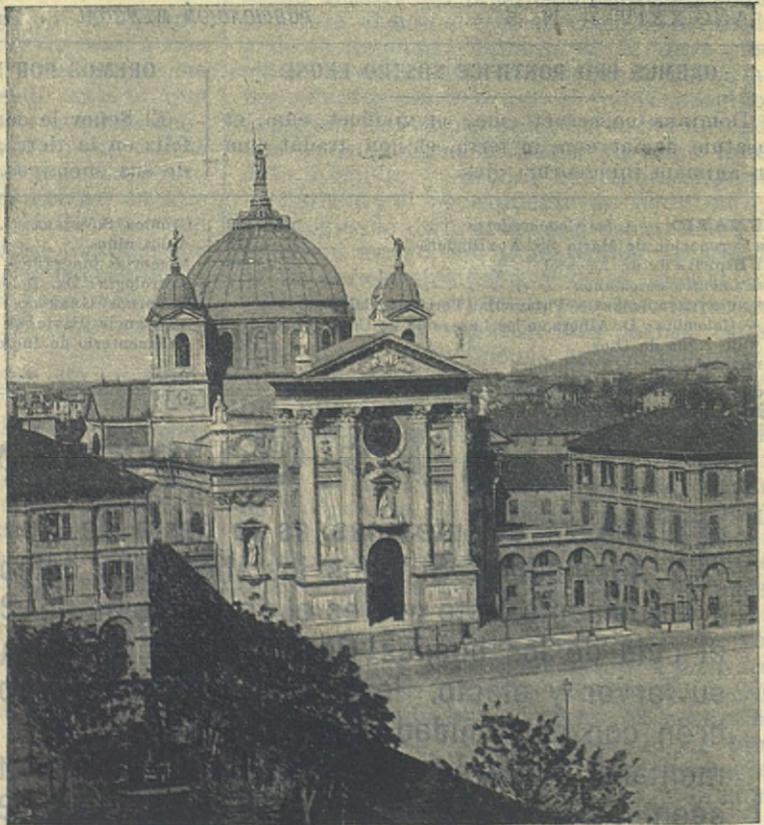
La costumbre de adornar con preciosas coronas la Imágen de María Sma. es ya muy antigua en la Iglesia, pues ha sido en todos tiempos grande el amor y devoción del pueblo hacia la Augusta Reina del Cielo. Pero la solemnidad exterior con que en estos días se celebra la Coronación de las Sagradas Imágenes, data de un tiempo proporcionalmente moderno.

Este inspirado y hermoso pensamiento, parece ser que comenzó á practicarse en la benemérita Orden de los PP. Capuchinos, por el Padre Jerónimo Paoloci de Forli el año 1587 y por el P. Fidel de S. Germán, natural de Verceli, que el 1616 hizo coronar solemnemente en Génova la Imágen de N.^a S.^a de la Vigne.

Es también célebre el legado que dejó un piadoso patricio, el Conde Alejandro Sforza, al Reverendísimo Capitulo Vaticano, para que éste, en su prudencia, coronase con preciosa diadema de oro las Santas Imágenes de María Sma., que fuesen más célebres tanto por la antigüedad del culto, como por el número de gracias sobrenaturales.

Si damos una mirada á las Imágenes de la Sma. Virgen ya coronadas, vemos que pueden clasificarse fácilmente en tres grupos distintos. Algunas fueron coronadas sólo con autorización episcopal, ésto es, del Ordinario de

las respectivas diócesis; otras por conceción especial del Reverendísimo Capitulo Vaticano; y finalmente las demás, que son en corto número, por suma autoridad del mismo Romano Pontífice que, cuando personal no puede hacerlo, delega á un representante particular. Así Pío VII, el Pontífice de María Auxiliadora, coronó personalmente el 1815 la



Santuario de María Auxiliadora.

Imágen de la Virgen de Savona.

Por tanto el rito con que debe ser coronada la Imágen de nuestra Virgen Auxiliadora, es el más solemne que celebra la Santa Iglesia, por que el Emmo. Sr. Cardenal-Arzbispo de Turín lo celebrará por delegación

directa del Sumo Pontífice, ó como el Breve declara, *Suo nomine et autoritate*.

El Reverendísimo Capítulo Vaticano no pasa nunca á conceder tan supremo honor á una Imágen, sin haberse antes plenamente informado no sólo de las gracias especiales que por su intercesión se obtienen, sino también de la secular antigüedad de la Imágen que se quiere coronar. Si el tiempo de la pública veneración no llega á los cien años, el Rdisimo. Capítulo no concede el decreto de Coronación.

Ahora bien, al decretar el gloriosísimo León XIII por sí mismo la forma más solemne de Coronación á nuestra amada Virgen, ha declarado que tanto la extraordinaria celebridad de la Imágen, como la admirable propagación de su devoción y culto, que por singular disposición de Dios se halla hoy difundido por casi todas las naciones de la

tierra, compensan largamente su reciente origen; pues hace sólo 35 años que nuestro Padre D. Bosco expuso la Santa Imágen á la pública veneración en el Santuario que él mismo construyó en Turín, junto á la Casa-Madre de Nuestra Pía Sociedad.

La solemnidad que con nuestros propios ojos contemplaremos la tercera dominica de Mayo será, pues, un verdadero y digno acontecimiento. El acto del Augusto Pontífice no podía ser, ni más grato para nosotros, ni más honorífico para nuestra celestial Señora y Reina.

Celebremos, pues, estos pocos días de preparación con el mayor fervor y devoción posible y roguemos además por el Augusto Pontífice, para que la Sma. Virgen Auxiliadora, á la que Él ha procurado honrar con tanto esmero, le conceda aún largos y felices años.

El Espíritu de un Apóstol

VII

La base del sistema de Don Bosco, que en otra parte heinos llamado *preventivo*, son aquellas palabras de S. Pablo: *Caritas patiens est, benigna est, omnia suffert, omnia credit, omnia sustinet, omnia sperat*. La caridad es paciente y benigna: todo lo sufre, todo lo confía, todo lo soporta, todo lo espera. (1. Cor. XIII, 4-7).

Este sistema, que como derivado de las máximas cristianas es todo caridad, todo amor, es el más racional y á propósito para conseguir la perfección posible del alma de un niño. La educación es el aprendizaje de la vida, es un ensayo de lo porvenir: el niño debe representar mañana en el mundo, como hombre, un papel, que será más ó menos brillante según sus talentos y poderes, pero siempre capital é importante en su esfera; de modo que en los primeros años de su vida debe estudiar este papel, que ha de representar en la tierra: debe en una palabra aprender sus deberes. Desgraciadamente hoy á los hombres, no se les enseñan sus deberes, sino que se proclaman sus derechos, no se le enseña á cumplir, sino que se le enseña á exigir que los demás cumplan con él.

Pero con todo, nunca dejará de ser la educación una escuela de deberes y no una escuela de derechos.

El niño, que nace ignorante é inexperto, empieza con la vida, á aprender estos deberes, que son los

lazos naturales é indisolubles que le unen á su Dios como á Creador, á sus semejantes como á hermanos, á sí mismo, como responsable de sus actos. A su lado debe tener una persona amaestrada en el camino de la vida, que sepa guiarle por esta vía difícil y peligrosa, que le lleve de la mano, le muestre los escollos y le indique el recto sendero. ¡Qué santa pues, que importante y al mismo tiempo qué terrible es la misión de un maestro; qué llena de responsabilidades; ese piloto que por el tumultuoso mar de la vida guía la nave de una existencia, amaestra y conduce al niño, tendrá que responder de él en la presencia del Señor.

El faro más seguro, la única luz en ese mar de tinieblas, ya lo hemos dicho, es la Religión.

Ahora bien, el preceptor debe prevenir con sus consejos y avisos al niño, que inexperto no conoce sus obligaciones, y que si las conoce, no alcanza á penetrar toda su importancia. Una falta de un niño, no es en realidad una cosa digna de riguroso castigo, sino una muestra de lo que haría siempre, si á su lado no tuviera quien le avisara y corrigiera: por que un hombre sin educación, sin un freno que contenga sus ímpetus y sus malas tendencias, sería la más feroz de las fieras. Así que al niño propiamente hablando, no se le debe castigar como á delincuente, sino corregir dulcemente como á quien sin saberlo ó sin medir su gravedad, ha cometido una falta: deben más bien ser corregidos que no castigados: llevarles á la corrección, no por el miedo de

un castigo, sino por el convencimiento de la razón; por que el temor dura, mientras dura la causa que lo motiva, mientras la convicción permanece grabada en la mente. Cuando se vea libre el niño de la opresión del temor, dará rienda suelta á sus instintos y obrará quizás peor que antes, mientras que si se le ha educado bajo el suave yugo del sistema preventivo le quedará aún el estímulo de la doctrina aprendida y sobre todo, la voz de la conciencia.

Además, como dice D. Bosco, un niño puesto en estas circunstancias, se encuentra casi en la imposibilidad de obrar el mal, por que á la vista siempre de sus superiores, que velan por él y siempre en continua actividad y movimiento, siempre con buenos ejemplos delante (y los buenos ejemplos son una escuela para los que aprenden, y una acusación para los que yerran) y sobre todo siempre sujetos con el freno poderoso y suave de la religión, no encontrarán ni espacio, ni motivo para cometer una falta.

Esta es la causa por que el sistema preventivo, esto es, el sistema que corrige y no castiga, que enseña con la persuasión y no por el temor, es el sistema más razonable y, si así es licito expresarse, más humano.

La represión y el temor no se avienen con el espíritu generalmente franco y afectuoso de que están dotados los niños; les comprime demasiado, no le permiten manifestar sus tendencias y sus sentimientos; se acostumbra á una reserva pel grosa que puede degenerar en solapada hipocresía. En fin el sistema preventivo estirpa un defecto, el represivo lo encubre; el preventivo corrige una mala idea, el represivo sólo acalla y entretiene un mal instinto que después despuntará más atrevido y vigoroso.

La esencia de este sistema es la amonestación privada y la fuerza del ejemplo. Un aviso amistoso y razonado, que haga ver al culpable su falta y juzgar por sí mismo su gravedad, un aviso dado oportunamente, vale más que un ejemplar castigo: el niño razona y juzga sus actos, aprende á conocer sus defectos y á abominarlos, y no pocas ocasiones se han dado, en que por sí mismo pidiese el castigo. El aviso debe ser amigable ó severo según lo requiera el número y gravedad de las faltas, pero nunca debe ir acompañado de pasión, ni ira, por que la cólera agría y destruye los buenos actos: el ayisado debe ver en la amonestación no un desahogo de la ira, sino una manifestación de la razón. La experiencia enseñó á D. Bosco y cada día nos lo aseguran los resultados, que el espíritu más indomable y altivo se rinde á este paternal y suave método de educación.

Pero si los resultados de este sistema son para el niño excelentes y grandes, no es menos cierto que el trabajo y dificultad para el educador es inmensamente mayor que en el sistema represivo. Un preceptor que sepa usar con debido acierto del sistema preventivo, bien se puede llamar un hombre sacrificado, virtuoso y digno; porque requiere ante todo grande desinterés, grande abnegación para luchar con los malos instintos ó ignorancia del niño, para saber soportar con paciencia todas las molestias, insomnios y disgustos, que una labor tan ardua le proporciona. Necesita gran prudencia para saber aplicar á su debido tiempo y en conveniente medida,

la corrección y el alivio, la severidad y la confianza. Por que en los niños sucede lo que en las plantas: un error de tiempo, una ocasión poco propicia malogrará cualquiera buena disposición; un aviso dado fuera de conjuntura será contraproducente.

Necesita grande virtud, para poder inculcar en el alma del educando sólidos principios de honradez, de religión y de bondad y para sellar todas sus doctrinas con el atractivo del ejemplo. Es más difícil ser buen educador, que ser buen guerrero; más virtud requiere la carrera de la sólida educación, que la vida solitaria y penitente de un anacoreta.

Por eso los nombres de S. José de Calasanz y de S. Juan de la Salle los ha escrito la historia en los de sus héroes y la Iglesia entre los de sus Santos: junto á éstos ocupa un elevado puesto la memoria de D. Bosco.

La obra de la educación es ante todo una obra de la gracia divina, y todas las sabias amonestaciones é industrias de un educador, no lograrán nunca domar un corazón duro y altivo, si no se interpone la gracia de aquel que es dueño de las almas, si con sus oraciones, si con sus virtudes no fertiliza el terreno que siembra. El educador antes que instruido, debe ser virtuoso: porque no es el suyo un oficio de mercenario, que pueda ser pagado con oro y retribuciones: la obra de uno que educa, es la obra de un misionero que convierte; sólo Dios es capaz de retribuir dignamente tal sacrificio.

A costa de sacrificios sin cuento, logró D. Bosco instituir la obra portentosa que instituyó; tanto es así, que los médicos declararon, que la constitución física de D. Bosco, podría haber soportado veinte años más de existencia, si los trabajos excesivos é innumerables cuidados que tenia, no le hubiesen acarreado una muerte anticipada. Los frutos que con sus sacrificios recogió fueron proporcionados á sus trabajos. Con el celo que le inflamaba, con la caridad que le encendía, con la dulzura grande y paciencia inmensa que hacia de él un imitador de S. Francisco de Sales, educó á millares de niños, entonces ignorantes y pobres, que hoy son dignos sacerdotes, magistrados, y honrados ciudadanos; cuenta también entre sus protegidos buen número de Prelados. Pero á tanto llegó sólo con el sistema del amor, sólo con la paciencia y el sacrificio. Su primer paso en la fundación del Oratorio fué un rasgo de amoroso corazón. Aquel niño que él encontró en la Iglesia de S. Francisco de Asís, mientras que el sacristán le golpeaba, no hubiera sido la piedra fundamental de su obra, si con cariño y bondad paternal no lo hubiera defendido y con constante paciencia enseñado la doctrina cristiana. Niño aún solía repetir á su madre: Si un día llego á ser sacerdote, quiero consagrar toda mi vida á los niños. No me verán nunca serio y grave, sino que me pondré á hablar amigablemente con ellos, los reuniré en torno mío, los amaré y procuraré captarme su amor; les daré buenos consejos y me dedicaré todo á su eterna salvación. » Estas palabras, que D. Bosco pequeño aún, decía con santa ingenuidad á su madre, fueron más tarde el programa de su vida.

Paseaba cierto día por las calles de Roma en compañía de varios respetables eclesiásticos. — ¿Cómo se arregla V., le preguntó uno de ellos, para ga-

narse tan fácilmente el corazón de los niños? — Muy fácilmente, la respondió D. Bosco, ¿Quieren Vds. verlo? observen y verán.

Había visto á poca distancia un grupo de pilluelos que jugaban á las chapas; se dirigió hacia ellos y se plantó en medio del corrillo. Uno de ellos le dijo con singular garbo: Oiga V. ¿qué viene V. á hacer aquí? — ¿qué vengo yo á hacer? vengo á entretenerme con vosotros, que soís mis amigos. — Déjese de tonterías, váyase de aquí y no nos importune, fué la respuesta del atrevido muchacho.

— Pero de veras soy amigo vuestro, replicó Don Bosco, ó sino ved, aquí os traigo una bonita medalla que quiero regálaros como un recuerdo mío; y como tal quiero que lo conservéis, porque os repito, yo soy un amigo que os quiere mucho. — Entonces comenzaron á mirarle detenidamente, á quitarse la

gorra y extender la mano para recibir el regalo. Os quiero dar además, dijo D. Bosco, otra para vuestro padre y vuestra madre.

A estas palabras se sucedió una piadosa porfía; éste quería una para su hermana, aquel otra para su abuela; todos rodearon con gran algazara á Don Bosco y él supo de tal modo contentarles y decirles tales palabras, que al despedirse de aquellos pilluelos, todos le saludaban respetuosamente y repetían llenos de contento: Gracias, padre, gracias.

D. Bosco volvió á reunirse con sus compañeros de paseo, que admirados y fuera de sí le contemplaban. Uno de ellos le dijo: sólo V., D. Bosco, puede hacer estos milagros, si otro alguno quisiera imitarle, no lo conseguiría. Pero el lleno de humildad respondió: He experimentado que para ganar las almas, vale más un poco de dulzura que mucha sabiduría.

Documentos Salesianos

Discurso pronunciado por el Sr.

D. Trinidad Sánchez Santos

en la distribución de premios á los alumnos del Colegio Salesiano de Méjico

ILLMO. Y REVMO. SR. VISITADOR

APOSTÓLICO:

SEÑORES:

Sí que había de acudir á vuestro llamamiento, oh venerable apóstol de este segundo Evangelio que se llama el *trabajo cristiano*, administrador de estas nuevas ágapes creadas por la omnipotente caridad bajo el egoísmo de nuestro siglo; trovador de este nuevo *Magnificat* que se levanta de los talleres iluminados por la cruz, repitiendo todos los días como la sublime viajera de Nazareth:

!Glorifica mi alma al Señor, á Aquel que llena de bienes á los infelices, á Aquel cuyo poder se perpetúa á través de las generaciones!

Sí que vendría agobiado por las desdichas sociales, á respirar aquí una brisa de la santa esperanza; á contemplar con mis ojos resuelto el problema que en vano fatiga sin solución posible á los sabios en sus gabinetes, á los poderosos en el corazón de sus ejércitos. Allá, tras estos muros benditos, el problema social extiende su dominio de arcano y de terror, nos oprime á todos como un César que nos discute, enreda en nuestra inteligencia, como

un pulpo de acero sus innumerables tentáculos, nos asfixia, nos enloquece; apaga como un huracán, no imaginado por Virgilio, todas las luces de la civilización, todos los ideales de la especie humana; aquí, bajo esta techumbre, estamos en la ciudad de Dios, aquí el problema ha muerto, herido, no por el garrote vil ó el hierro de la guillotina, no por el sable de los ejércitos, no por los aparatosos recursos de una ciencia que es el arlequín del vicio y el error; sino por la espada incontrastable, por la virtud excelsa del trabajo cristiano, que es la alianza nobilísima entre la más alta fuerza del espíritu, que es la fe, y el más vigoroso propulsor social que es el trabajo, entre la economía y la moral, entre la lágrima y la esperanza, entre la voluntad de Dios y la voluntad del hombre, el abrazo inefable del obrero que levanta sus manos encallecidas, y Jesucristo que lo recibe entre las suyas empapadas de sangre, y le dice, con la voz del monarca del mundo: *¡Feliz de tí, porque tuyo es el reino de los cielos!*

¿Cómo entonces no venir afanosos á contemplar resuelto aquí el conflicto que allá afuera nos amenaza y nos deja mudos de espanto, á paladear la demostración práctica de esa verdad dulcísima que esforzada, aun-

que inútilmente, he predicado ante los sabios;

Para nosotros los filósofos de Cristo, los que poseemos la verdad de Dios, la grande y madre verdad que eternamente pura salió de sus manos, eternamente pura da vida y autoridad á nuestra razón; para los que repudiamos como derilante y prostituida esa sociología concebida fuera del plan social decretado por Dios, fuera del bien, fuera de la virtud, fuera del objeto y el destino del género humano, concebida, digo, en las entrañas de la soberbia y bajo las convulsiones del error; esa sociología que nace muerta, porque rechazando las razones *a priori*, suprime los verdaderos asuntos de la Filosofía, los asuntos de origen, investigable por la experimentación; para los que atesoramos la ciencia no incluida en la bancarrota descubierta por Brounetiere, y que acreditará el mañana, si no está ya acreditándola el presente; para los que buscamos el saber y la felicidad dentro de aquel imperecedero programa de San Pablo: *Todas las cosas se juntan, se armonizan y subsisten en Cristo*, estas grandes instituciones de Don Bosco entrañan la solución perfectísima del problema social, y norman la conducta del cristianismo, á través de las bramadoras tempestades promovidas por la creación pagana de nuestra época. De aquí, señores, la suprema importancia que reconocemos en estos providenciales institutos salesianos, que el Señor inspiró á su ilustre elegido de Turín, como un recurso heroico de salvación en aquellas borrascas, y de aquí nuestro júbilo al ver que el Méjico, la tierra de los insondables peligros, levanta ya su copa florida ese árbol que trasplantó Don Bosco del Evangelio á la ciencia social, ese árbol que describió Jesús, ese árbol del admirable desarrollo, en cuyas ramas vendrán á posar las artes y las ciencias, es decir, las aves del cielo.

Gracias, ¡oh hijo dignísimo de aquel sembrador incomparable, porque me habéis hecho participe de tamaña ventura, y habéis concedido á mi lengua la gloria de venir á publicar las excelencias de la Obra salesiana, de la obra religiosa-social más interna y más expansiva, más fecunda y mejor organizada en el corazón del mundo moderno. Y, pues, tanta dicha habéis dispensado á mi espíritu sediento del Reino de Dios y de la felicidad de la patria, permitidme que corresponda á vuestro llamamiento demostrando que la obra practicada por las instituciones salesianas, es conforme á la ciencia, á la historia, al plan social decretado por Dios y revelado por la naturaleza, la solución del colosal y horrendo conflicto que estremece hoy á la humanidad con el espanto y los furores de una catástrofe.

II.

El problema consiste en el conflicto entre *el hambre de oro y el hambre de pan*, según la

frase del eminente Padre Bolo. Es el dolor desheredado del cielo que disputa febrilmente la tierra, es el sufrimiento desheredado de la esperanza que disputa locamente el placer y el minuto; es el hombre desheredado de la igualdad ante Dios, la única efectiva y valiosa, la que tú, ¡oh mi san Pablo! anunciabas en los más alto de tu Sinaí de Apóstol, cuando exclamaste: *Todos sois unos en Jesucristo*; es la generación de ateismos que habiendo comenzado en la Filosofía, produjo el del trono, el de las leyes, el de los Estados, y por consecuencia de todos ellos, es el conflicto entre el Estado que borró á Dios, como fuente de autoridad, y proclamó la soberanía del pueblo, y el pueblo, que haciendo uso de esa soberanía, decreta la destrucción del Estado; y hablando, señores, con más precisión y franqueza, este problema de la oposición entre el capital y el trabajo, es el levantamiento del racionalismo contra el derecho natural, la subversión del pueblo formado, instruido y azuzado por las sociedades secretas contra la autoridad y la propiedad; el pueblo que exclama como el primer enemigo de Dios: *non serviam*, es el paganismo armado del progreso para destruir la civilización, es, en una palabra, la anarquía. ¿Y, sabéis en que estriba para la sociedad lo más formidable, lo más aterrador del problema? En esto, señores, en que la anarquía es la obra, es el ideal de los que han formado las instituciones modernas y dirigen los Estados; la obra y el alma de los principios filosóficos de las leyes, y por lo tanto éstas, lejos de ser aptas para reprimirla, son su mejor base y su aliento más vigoroso, en que el legislador ha sido el anarquista de gabinete, como el obrero es el anarquista de la calle, por manera que la sociedad se halla suspendida entre dos anarquismos: el deliberante que está en las capas más altas del orden social, aunque ocultamente, y el ejecutivo que está en las capas más bajas y perceptibles. Esta verdad de rigurosa exactitud es al mismo tiempo tan grave, que obliga á demostrarla detenidamente con vivo afán de producir perfecta convicción en vuestra conciencia.

III.

Desde ha mucho tiempo, especialmente desde el siglo XVIII, las sociedades secretas, que han dictado las modernas constituciones, han dirigido sus esfuerzos más eficaces á crear el anarquismo, que es la disolución social, verdadero fin de esas agrupaciones tenebrosas.

Weishaup, una de las lumbreras y glorias más altas de esas sociedades, un gran teólogo y maestro de esa secta, sintetizó el pensamiento de ella en estas palabras:

« La igualdad y la libertad son los derechos esenciales que el hombre en su perfección originaria y primitiva recibió de la naturaleza. El primer atentado contra esa igual-

dad fué realizado por las sociedades políticas ó los gobiernos; los únicos apoyos reales de la propiedad y de los gobiernos, son las leyes religiosas y las civiles que toman de ellos su fuerza; así, pues, para restablecer al hombre en sus derechos primitivos de igualdad y de libertad, es preciso comenzar por destruir toda religión, toda ley religiosa y civil, y acabar por la abolición de toda propiedad. » (Deschamps, t. I).

Juan Jacobo Rousseau, el Mahoma del jacobismo imperante, campeón de los filósofos francmasones escribió esto:

« El primero que cercando un terreno osó decir *esto es mío* y halló gentes demasiado candorosas que lo escucharan, fué el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, muertes, miserias y horrores hubiera evitado al género humano aquel que, derribando la cerca, o rellenando el foso hubiera gritado á sus semejantes: *cuidaos de escuchar á este impostor; seréis perdidos si olvidáis que los frutos son para todos y que la tierra no es de ninguno* (1). »

Toda la historia del paganismo masónico, toda su doctrina, todas sus leyes, símbolos y ritos están impregnados de la revolución contra la propiedad y la autoridad. La declaró Aembert, el gran consejero librepensador del exorable Rey Federico II, diciéndole que los pobres *tienen el derecho de levantarse en armas contra los ricos* (2); y lo proclamó Mably, una de las más brillantes antorchas de los constituyentes masones, como lo llama Condorcet, pidiendo la Comune; la sancionaron Beccaria, Diderot y Voltaire, en el *Tratado de las penas y de los delitos*, llamando al derecho de propiedad, un *derecho terrible*; Brisot, el famoso maestro de la logia de las *Nueve hermanas*, exclamó con Helvetius, Condorcet y el mismo Voltaire: *el rico es el único ladrón* (3). El célebre pontifice del San-martinismo enseñó que el derecho de propiedad descansa en bases imaginarias (4). Mirabeau y Robespierre, representantes del Escocismo, predicaron tenazmente contra ese derecho (5); su negación fué la más honda tesis del Sansimonismo, del Fourierismo, de la Internacional. En la masonería alemana, belga, francesa, italiana especialmente, la recepción del *aprendiz* y del *maestro* son positivas y ardientes

apologías de la Comune y del hombre salvaje. La humanidad ha perdido la dicha desde que aparecieron las palabras *tuyo y mío*, dice Redarés, el notable expositor de símbolos. El hombre no conquistará la ventura sino cuando haya acabado con la propiedad, asienta el célebre ritualista Ragón (1). ¡Ah, Señores! ¡Con qué dolor advierto la imposibilidad de encerrar en este discurso los miles, los cientos de miles de proclamas contra el orden social basado en la propiedad, y lanzadas por los más autorizados maestros de las sectas anticatólicas! Y esa labor no ha sido puramente académica; ella ha consistido sobre todo en la faena inmensa de llevar esos criminales principios al espíritu del pueblo y á las legislaciones modernas.

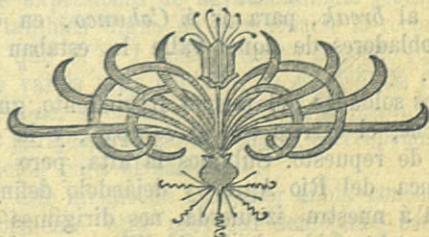
Yo cumplo con una justicia rigurosamente histórica, al culpar á las sociedades secretas del estado subversivo y volcánico en que se hallan los pueblos actuales; ni debo callarlo por injustificada, por falsa prudencia, cuando los grandes publicistas del libre pensamiento, cuando los Julios y Catones alardean de esa revolución y disputan bélicamente el honor de la causa del catolicismo. Oíd á Luis Blanc:

« ¡Quién, dice, desde 1792, proclamó el ateísmo, el panteísmo, sobre todo, cuya deducción lógica es la *comunidad de bienes*? ¡Quién, desde entonces, proponía la repartición de tierras y gritaba: *todo es de todos*? No hay para mí más que una ciudad, un pueblo, una ley social, un espíritu público, un Dios en tres personas: *yo, tú, él*. ¡Quién desde entonces, convirtió en *club*, llamado *círculo social*, la logia masónica del *Palacio Real*? ¡Quién proclamó sus principios? ¡Quién fundó un periódico con el nombre de la *Bouche de Fer*, para difundirlo por todas partes? El jefe de la masonería, los masones iluminados, los Fauchet, los Bonneville, los Goubil de Prefeln, los Condorcet » (2).

(Se continuará).

(1) Estudios históricos y filosóficos sobre los tres grados.

(2) Luis Blanc. *Historia de la Revolución*, Tomo III, pág. 32-32.



(1) Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres.

(2) Cartas al rey de Prusia.

(3) Investigaciones filosóficas sobre el derecho de propiedad.

(4) De los errores y de la verdad.

(5) « Choix de rapports, » discours. E. C.



DE NUESTRAS MISIONES

PATAGONIA

TERRITORIO DEL NEUQUÉN

Visita Pastoral y Misión

DE S. S. I.

Mons. JUAN CAGLIERO,

Obispo de Mágida

y Vicario Apostólico de la Patagonia

Carta Sexta.

Junín de los Andes, Marzo de 1902.

REV.^{mo} Y AMAD.^{mo} SR. D. RÚA:

Aquí le envío, como en la anterior le prometía, la sexta carta referente al largo y penoso viaje que Monseñor y los PP. Misioneros han efectuado desde *Las Lajas* á *Junín de los Andes*, y á las misiones que han dado en todos los pequeños centros de población, durante esta excursión de más de 70 leguas.

El 17 de Febrero, á las 4 de la tarde, todo estaba listo para la salida. Con tal motivo Monseñor dejaba á sus queridos hijos de *Las Lajas*, y acompañado por el Señor Coronel D. Martín Gras, el señor juez de paz, y mientras la banda ejecutaba las piezas más selectas y la Guarnición con bandera desplegada, recibía la bendición, subió al *break*, para ir á *Cohunco*, en donde los pobladores de aquel valle lo estaban esperando.

Tres soldados del mismo Regimiento, guiaban el coche, el carrito con el equipaje, y la caballada de repuesto. Subimos la alta, pero suave barranca del Río Agrío y dejándolo definitivamente á nuestra izquierda, nos dirigimos hasta el Suroeste, faldeando la Cordillera.

Al anochecer llegábamos á la hermosa estancia *La Vicentina*, del señor D. Demetrio Alsina, quien nos trató con la mayor bondad y consideración. Visitamos el establecimiento que ha hecho grandes adelantos, fruto de la constancia y del trabajo. Encantador es el golpe de vista de la rica y preciosa vega, regada por el arroyo *Pichi-Malil*, sembrada de trigales, alfalfares y sombreada de verdes alamedas.

Entramos en su jardín perfumado de flores y plantas aromáticas, y descansamos bajo deliciosos doseles del sauce llorón, hasta la hora de cenar. De sobremesa prolongamos la conversación hablando de nuestros viajes y misiones; del Territorio, de su porvenir agrícola y pastoril, y de las cuestiones del día. La mañana siguiente, celebrada muy temprano la santa Misa, y tomado un ligero desayuno, nos despedimos de nuestros inolvidables amigos para continuar la interrumpida marcha.

A pocas cuadras de la *estancia*, en la pendiente de un alto cerro, observamos una rareza de historia natural, digna de mención. Es una gran cantidad de piedras calcáreas de forma esférica y de varios tamaños, que, según afirmación de varios vecinos, encierran un gran marisco petrificado. Rompimos algunas y palpamos la verdad del hecho.

Conduce al valle de *Cohunco* una larga *travesía* arenosa, con muchos pedregales y sin agua, excepción hecha de un pequeño *hoyito*, de unos sesenta centímetros de diámetro, en el que el agua se conserva siempre al mismo nivel y profundidad.

Aquí hicimos alto para el cambio de posta. Los caballos á todo galope corrieron hácia el manantial, para apagar la ardorosa sed, pero en vano, pues el agua estaba demasiado profunda y no alcanzaban.

Este suplicio de Sisifo duró casi una media hora. Tan solo una mula con su gran talento, quizá haciendo un silogismo como el mulo de Thales, doblando las patas delanteras consiguió beber á su sabor.

Cansados, sedientos *et in deserto loco*, nosotros también tuvimos que imitar la mula.. y unos

tras otros, soldados, misioneros, Monseñor y arrieros, nos fuimos echando de bruces para tragar lo que sobraba... limo y agua... agua y limo....

Cambiados los animales, empezamos de nuevo á seguir nuestro rumbo, y viajamos todo el día bajo los rayos abrasadores del sol. Pasamos frente á un cerro formado de enormes peñascos. Existe en su seno una gruta, angosta en su entrada, ancha y alta en su interior, con grandiosas y fantásticas galerías, cuyos insondables términos no se alcanzan á descubrir, pues, acobardándose el espíritu, retroceden hasta los más aficionados naturalistas.

Parecida á las célebres grutas de *Findland*, en las Islas Británicas, de *Mahamut* en el Norte América y muchas otras, penden de sus bóvedas, racimos y juegos de conos irregulares y masas arriñonadas, á veces de considerable magnitud.

únicas piezas disponibles; una para Monseñor, y otra para el culto. El P. Domingo Milanese estableció su morada en medio del pasto y bajo unos copudos sauces; los demás Misioneros se refugiaron en la choza-capilla; que no tenía puerta, y estaba expuesta á todos los vientos.

En *Cohunco* (palabra araucana que quiere decir *agua caliente*) paramos tres días, á fin de facilitar á los pobladores la recepción de los SS. Sacramentos, confirmar á las criaturas y legitimar algunos matrimonios: todo lo cual pudimos realizar con la gracia de Dios.

Durante esta breve permanencia en *Cohunco*, S. S. I. tuvo la grata satisfacción de recibir la visita de los doctores Sorondo, Alsina, Maglioni, Burgos y otros amigos que iban de paseo á *Las Lajas*. Venían de Buenos-Aires; algunos para pasar á Chile, y otros para visitar sus propie-



Estancia Pavia en Cohunco.

Son *estalactitas*, producto de la filtración calcárea solidificada. A la inversa de las *estalgmitas* formadas en el suelo y con la punta hacia arriba.

En varios parajes de la Cordillera se encuentran muchas otras grutas, sinó tan interesantes como esta, á lo menos tan admirables y hermosas. Algunas de ellas tienen piezas como las de una casa, por cuyo motivo se llaman *casas de piedra*, y sirven de vivienda á no pocas familias, indígenas por lo regular.

A la puesta del sol ya avistábamos el largo y fertilísimo valle de *Cohunco*, regado por las aguas del río homónimo, último afluente del Neuquén. Bajamos con mucha dificultad su rápida barranca, y llegamos á la *estancia* del señor D. Marcelino Pavia, quien nos recibió con la más exquisita bondad. Es uno de los pobladores más acomodados de la región y muy bondadoso y hospitalario; el cual empero por falta de material para edificios sólidos, tiene que vivir en chozas de palo á pique, con reboque de barro y techó de paja. Inmediatamente preparó las dos

dades. Habían tomado el camino central y andado á caballo más de 70 leguas.

Se entretuvieron unas horas en alegre y cordial conversación con Monseñor. Se hallaba entre ellos un naturalista norteamericano, el cual, prendado de la bondad del señor Obispo y del espíritu de sacrificio de los PP. Misioneros, dirigiéndose á S. S. I. dijo: *Soy protestante, pero admiro al sacerdote católico: porque si yo me expongo á miles de privaciones por amor á la ciencia, ustedes afrontan miles de sacrificios por el bien del prójimo.*

A lo que Monseñor contestó con las más atentas expresiones de agradecimiento y respeto.

Es también digna de mencionarse la recomendación que S. S. I. hizo al doctor Sorondo (dueño de dos valles muy poblados; á saber él de *Guarinchengne*, y él de *Vilu-Malil*) de levantar en ambos parajes, una capilla con su correspondiente habitación para el sacerdote.

Con este mismo fin Monseñor había concertado anteriormente otro proyecto semejante con los vecinos de *Las Lajas*; porque en un centro de

población tan importante como aquel, es de absoluta y urgente necesidad un modesto templo y una residencia fija de misioneros.

De Chounco á Zapala — Cordial hospitalidad — En marcha hacia Picúnleufú — La Laguna Blanca — Descenso peligroso — Misión.

El 21 de Febrero salíamos de *Cohunco* casi en el mismo instante en que llegaba el señor Fernández, comandante de caballería de línea é inspector de fronteras. Venía acompañado por un ingeniero militar, encargado de los estudios para el ramal de ferro-carril, que se piensa construir de la *Confluencia á Las Lajas*.

La subida áspera de la barranca del Río nos ocasionó varios contratiempos y no pocas molestias, porque las mulas, perezosas como ellas solas, no tenían gana de doblar el lomo.

En aquellas altas planicies hallamos grandes canteras de piedra calcárea; mientras discurríamos de su utilidad, explotación é interés del territorio; admirábamos complacidos los amenos valles, los profundos cañadones y otras maravillas de la naturaleza, nos sorprendió la lluvia, obligándonos á pedir hospitalidad en la única casa de ese paraje, denominado *Zapala*.

Los dueños de la *estancia* y arrendatarios de unas 50 leguas de campo, son ingleses de nobles sentimientos y esmerada educación. Fuimos recibidos con mucha cortesía, confianza y respeto; y trataron á Monseñor con la distinción que su elevada posición exige.

La velada fué muy divertida con cantos y piezas, entre la señorita de casa y sus cuatro hermanos, naturales todos de Inglaterra. Más que su habilidad musical, nos sorprendió el porte varonil de la señorita, que cual otra Juana de Arco, maneja el caballo y las armas como experto jinete y lleva en la cintura su inseparable revólver, como muestra de su ánimo y valor, y también como defensa y salvaguardia de su honor en aquellos desiertos recorridos, á veces, por gente *non sancta* y desconocida.

El día siguiente (22 de Febrero) que hacía una luna clara y hermosa como la luz del día, nos levantamos como á la una de la mañana, para emprender el camino de la hermosa pradera de Zapala. La subida de sierras pedregosas nos costó sacrificios por el trecho de unas siete leguas. Ibamos serpenteando por la rápida cuesta, y á cada paso encontrábamos enormes montones de lava, que los volcanes *ab immemorabili* habían arrojado de su seno.

Por la tarde, después de haber ganado la cumbre y discurrido por la arenosa y larga bajada hasta la *Laguna Blanca*, pasamos la siesta á su orilla.

Tiene unos seis kilómetros de longitud, por cuatro de latitud: navegan en su superficie numerosas bandadas de patos, gansos y cisnes: el agua por su poca profundidad y con el reflejo solar parece plateada, pero su gusto es algo desagradable.

A causa de la humedad del suelo no fué posible sentarnos; y apuramos de pié las escasas provisiones que con nosotros llevábamos. Durante la comida, pudimos contemplar la magestuosa Cordillera de *Chachil*, toda cubierta de nieve. Sus blancas y altísimas cimas coronadas de una diadema de azulinas nubes parece que convidan á ensalzar la omnipotencia de Dios. Uno de los picos tiene la forma de una gran basílica, sobre la cual se eleva un risco semejante á un campanario. Otros hermosos paisajes se nos presentaban á la vista y admirados contemplábamos, que podrían ser tema de inspiración para los artistas y pintores.

Continuamos nuestra marcha por caminos ásperos y quebrados entre valles y montes, riscos y precipicios, hasta llegar á un bañadaro, en cuyas verdes praderas se apacentaban numerosos rebaños. De allí llegamos á una vasta meseta, regada por las aguas del arroyo *Nireco* y poblada por laboriosos chilenos. Allí, preparadas por el P. Misionero D. Mateo Gavotto, encontramos unas diez familias, que habían venido á saludar al señor Obispo, y á recibir su bendición. Los hombres nos acompañaron en el peligroso descenso de la barranca, la más *fiera* que hayamos encontrado, la de *Picúnleufú*. Monseñor y demás Padres la bajaron á caballo, dejando el *break* y el carrito á mitad camino, porque la hora de la noche era muy avanzada, y hubiera sido una gran temeridad arriesgar la vida de los cocheros y cuarteadores.

Por la mañana nuestros buenos amigos volvieron á la cima de la barranca, y después de cinco horas de hercúleos esfuerzos, consiguieron bajar de aquel desfiladero los pesados vehículos.

El *Picúnleufú* (río del norte) nace de la Sierra de *Chachil*, y tiene un curso de unas 70 leguas. Corre encajonado entre elevados cerros: su valle es muy estrecho y la sola vista de su profundidad espanta. Es el primero del *Alto Limay*, que recoge las aguas de la Cordillera y el último que desagua en él. No tiene afluentes y en el rigor del verano los labradores utilizan sus aguas para el riego de los campos, perdiéndose el resto en los arenales cerca de su desembocadura.

La señora viuda de Le Pen y sus tres hijos, buenos bretones de la Vandé (Francia), que tienen allí una modesta hacienda, nos llenaron de atenciones, demostrando con los hechos el aprecio en que tienen al sacerdocio católico, quisieron

tener el honor de hospedar á S. S. I. y á los Misioneros. No habiendo podido levantar una nueva habitación, como lo tenían proyectado, nos dieron alojamiento en sus antiguas chozas. El local del pequeño negocio, lo convirtieron en dormitorio para los Padres. A Monseñor le destinaron una piececita muy limpia, que anteriormente había servido de cocina. Para el culto habilitamos un ranchito, cuyo techo algo abierto, nos recordaba la *Rotonda* de Roma.

La misión duró cuatro días; y en ese breve intervalo de tiempo, acudieron presurosos los vecinos, no solo del Picúnleufú, sino también de otros parajes más lejanos. Buenos y piadosos como ellos son, nos ocuparon en nuestro sagrado ministerio todo el día y gran parte de la noche. Tuvimos el consuelo de administrar 384 comuniones, 418 confirmaciones, 70 bautismos y legitimamos 14 matrimonios.

La señora viuda de Le Pen y familia dieron prueba de la fe de los católicos franceses, y de la piedad de los antiguos bretones, preparándose con esmero y recibiendo con gran devoción los SS. Sacramentos, publicamente, sin respeto humano y con edificación de todos los vecinos. Acudieron también á la misión unos cuarenta indios: los instruimos en las verdades de la fé, y administramos los santos sacramentos del Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

Salida de Picúnleufú — Un huracán — Noche espantosa — Hielo y nevada — En Las Lapas — Colonia Uruguaya.

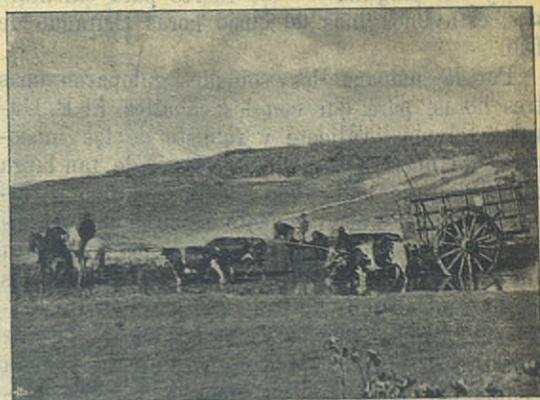
El 26 de Febrero salimos de *Picúnleufú*, y emprendimos el viaje por la orillas de las altas barrancas de este hermoso río. Dejamos atrás un gran peñasco, que los indios llaman *Loán-Mahuida*, es decir el cerro de los guanacos, porque encuentran allí seguro abrigo estos pobres cuadrúpedos, hoy día tan perseguidos.

Nos acompañaban más de treinta hombres á caballo; y mientras todos nosotros nos halagabamos con la esperanza de un viaje delicioso, se vuelca de repente el *break*, rodando mulas y cochero por una pendiente sembrada de gruesos guijarros. Felizmente fué una desgracia con suerte: Monseñor y su secretario, en vista del peligro, se habían apeado; y el buen Angel de la Guarda, *qui nobiscum comitabatur in via*, no permitió le sucediera nada de adverso al pobre soldado. El único percance que tuvimos fué la rotura del *break*, que quedó poco menos que hecho astillas. Gracias sin embargo á la habilidad é industria de la numerosa escolta, que nos seguía, pudiéronse aplicar *parches* y más *parches* al fracturado vehículo, que recobrando su forma y movimiento anterior, nos permitió viajar siquiera por la *senda del dolor*. Nos des-

pedimos de nuestros buenos amigos, y continuamos nuestro rumbo *in nomine Domini*.

Tristes presentimientos empezaron á dominar nuestros ánimos, y ya nos preparábamos á llevar la cruz, que la divina Providencia hubiera tenido á bien enviarnos.

Efectivamente, á las dos de la tarde, desencadenóse un furioso huracán, que amenazaba derrumbarnos y envolvernos en las densas y oscuras nubes de polvo. Más de una vez tuvimos que contrabalancear el *break* para impedir las volcaduras. Entre tanto el camino presentaba siempre mayores dificultades á causa de los arenales y pasos peligrosos. Costeamos la *Laguna de la Casa de Piedra*, cuyas aguas agitadas por las furias de los vientos parecían, en pequeño, una mar en deshecha tempestad.



Pasando al Rio del Catanilil,

Nos hallábamos al término de la alta planicie y al principio de la bajada de *Las Lapas*, cuando el baqueano se despidió de nosotros diciendo que ya no era necesaria su presencia; y que siguiendo el camino, daríamos seguramente con la casa de los Señores Trujillo, en donde nos estaban esperando.

Quedamos, pues, sin guía, solos y *abandonados á la ventura*. En esto la noche se adelantaba y nos iba quitando, poco á poco, el único consuelo que teníamos; la luz. El frío era excesivo, como en el más crudo invierno y calaba hasta los huesos. Entonces Monseñor por temor de algún desastre dejó el coche para seguir el viaje á caballo. Creíamos llegar aquella noche á la casa del Sr. Trujillo, pero nuestras esperanzas quedaron desvanecidas. Los pantanos y zanjones, la furia de los vientos y lo desconocido del camino, no nos permitieron seguir más adelante. Sin embargo estábamos ya en *Las Lapas* y muy cerca de la casa, pero nosotros no lo sabíamos; porque en aquella densa oscuridad, no podíamos distinguir nada.

Eran las once de la noche, y desde por la mañana aún no habíamos tomado ningún alimento sólido. Estábamos como arrecidos de frío, atontados por el viento y rendidos de cansancio. Entonces nos vimos precisados á recostarnos sobre el duro suelo en medio del valle, cubriéndonos con las pocas frazadas que teníamos. Para colmo de desgracias, á los pocos instantes, empezó á llover con fuerza, y nosotros mojados como una sopa, no sabíamos que hacer. Monseñor y su familiar subieron al *breack*, y cubriéndose con un *quillango*, se repararon del mejor modo posible, del frío y de la lluvia.

Pasado el temporal, cayó una helada tan intensa que su recuerdo sólo me espanta; y en breve espacio una abundante nevada cubrió las sierras, que nos rodeaban. Sin ropa para abrigarnos y sin ninguna bebida fuerte para calentarnos, estuvimos más de cinco horas tiritando de frío.

Por la mañana los soldados galoparon unas tres horas, para dar con los caballos. El P. Gavotto, el más valiente y robusto de los misioneros de nuestra caravana, después de tan larga tarea, sintióse mal, dejó caballos, mulas y soldados y se nos acercó medio desfallecido pidiéndonos algo para sostenerse. Nos dimos prisa para auxiliarlo de algún modo, y al fin encontramos algunos mendrugos de pan, que le ofrecimos juntamente con dos huevos y un poco de agua, que quedaba en nuestra *bota militar*; pues no era posible por el viento encender fuego para preparar algo caliente.

Al despejarse el horizonte y al disiparse las nubes que cubrían el valle, avistamos á corta distancia, otra caravana guarecida al respaldo de una loma. Eran los peones y arrieros con la carga y caballada de la Comisión de Límites (cuestión pendiente con Chile) que iban á Junín, San Martín y Lago Nahuel-Huapi.

También nosotros puestos en marcha pudimos descubrir por fin, la tan deseada y suspirada estancia, distante solo medio kilómetro. Los Sres. Trujillo nos trataron como á hermanos, y nos prestaron todas las atenciones, que nuestro deplorable estado reclamaba.

Las Lapas, que en indio quiere decir *sierra chata*, es un valle muy ameno y de gran fertilidad. Sus pobladores son casi todos uruguayos de la heroica ciudad de Paysandú. Encontramos á dos de nuestros antiguos alumnos, uno del Colegio de Na. Sra. del Rosario, y otro del Colegio Pío de Villa Colón (Montevideo), quienes se alegraron inmensamente de nuestra llegada. Con su afabilidad y finos modales saben ganarse las simpatías de los indios, y les infunden veneración y respeto hácia la religión.

Bautizamos algunos de estos indios adultos y

sus familias; luego legitimamos sus matrimonios, y Monseñor les administró el sacramento del Espíritu Santo. Vinieron también otros vecinos á cumplir con sus deberes religiosos, y en particular merece ser recordada, la muy católica familia del Sr. Correa, cuya hija mayor ha sido alumna de las Hermanas de María Auxiliadora en Bahía-Blanca.

Viaje á *Catanlil* — Misión — Hacia *Junín de los Andes* — Feliz llegada — Impresiones.

Después de dos días de grata y provechosa permanencia en *Las Lapas*, nos despedimos de nuestros sinceros amigos, y emprendimos otro viaje de doce leguas hacia *Catanlil*, que está á mitad del camino entre *Las Lapas* y *Junín de los Andes*. Antes de salir, Monseñor recibió una generosa limosna para los ingentes gastos, que originan estas misiones.

Al trepar por la áspera subida de las *sierras chatas*, vimos grandes canteras de piedra calcárea, que serán más tarde manantiales de riqueza para esta importante comarca. Desde la cumbre de los cerros contemplábamos magníficos panoramas; los aires puros y balsámicos que respirábamos, parecían devolvernos una nueva vida de entusiasmo y santa alegría. Hallamos también varias familias de indios, que tienen su hogar en las tupidas matas de arbustos silvestres. Recostado en una de estas matas, vimos providencialmente á un pobre niño, que el día anterior, cayéndose del caballo, habiase fracturado la cabeza. Estaba gravísimo y agonizando. El P. Gavotto lo conoció en seguida, porque lo había visto muchas veces en el Oratorio Festivo de Chos-Malal. Lo asistían sus hermanos, que con él guardaban el rebaño en aquellos solitarios valles. Le administramos los últimos sacramentos y pocos momentos después el candoroso niño entregaba su espíritu á Dios.

Guiados por un experto *baqueano* llegamos por la noche á la segunda *estancia* de los señores Trujillo. Es su administrador el jóven D. Juan, ex-alumno de nuestro Colegio de Paysandú. Nos recibió con todas las posibles atenciones, y nos cedió gustoso su misma habitación. Después de cenar nos recostamos, Monseñor en una modesta cama, y los demás sobre montones de cueros y pieles de oveja.

El día siguiente, celebrada la santa Misa, bautizamos unas familias de provincianos y de indios, bendiciendo y santificándolas con el sacramento del Matrimonio. Después Monseñor los confirmó juntamente con otras muchas criaturas. Concluida la función, nos dirigimos á la orilla izquierda del río *Catanlil*, en donde nos estaba esperando el P. Milanésio que había ido á pre-

parar los vecinos de aquellos valles, para la próxima misión, y se había adelantado de una jornada y media de camino.

Hicimos un viaje hermoso y de preciosos recuerdos, por deliciosas praderas y tan pintorescas y amenas colinas, que nos parecieron bien cortas las ocho horas que tardamos en pasarlas.

Al anochecer sin embargo cruzando un desfiladero-río, nos vimos obligados á bajar del coche y caminar á pié hasta ponernos fuera de peligro. Por fin, ya muy entrada la noche llegábamos á la *estancia* del Sr. D. Policarpo Rodríguez, quien á más de su casa particular nos tenía preparada también otra casita para capilla y *episcopio* de la misión. Esta habitación tenía dos entradas sin puerta y dos ventanas sin vidrios; y los vientos que soplaron recios y muy fríos durante los tres días de nuestra permanencia en *Catanlil*, nos obligaron á taparlas de cualquier modo, quedándonos así medio á oscuras. Monseñor, estando algo enfermo, ronco y con mucha tos (que se había tomado en la memorable noche y más memorable valle de *Las Lapas*), pasó dos días recostado en su pequeña cama de viaje, y se levantaba tan sólo para celebrar y administrar la santa Confirmación. Acudieron á la misión las familias cristianas, que pueblan los próximos vallecitos; y Dios en su misericordia, que no tiene límites, se ha dignado obrar grandes milagros de conversión. Hubo mucha concurrencia de indios; el R. P. Milanésio se entretenía con ellos, y con sumo interés les enseñaba en su idioma, las verdades de la fé. El último día de la misión, el mismo Padre los bautizó, ratificó sus matrimonios, y con gran devoción y espíritu de piedad, recibieron la santa Comunión y Confirmación de mano de Monseñor.

Recogimos en *Catanlil* opimos frutos de gracia y divina bondad, y antes de salir tuvimos el consuelo de bendecir un nuevo cementerio y una alta cruz de madera, como recuerdo de la primera visita pastoral en aquellas hermosas tierras bendecidas por Dios: *de rore cali et de pinguedine terra.*

Catanlil quiere decir *agujero en la piedra*: se halla en el valle un peñasco, que tiene una abertura tan grande, que puede pasar por ella un jinete montado en su caballo. Los indios, que son tan supersticiosos, la suelen pasar montados y creen que tendrán muy buena suerte, cuando consiguen hacerlo sin tocarla por ningún lado.

El día cinco de Marzo, dejando á nuestros buenos amigos, partimos de *Catanlil* y viajamos todo el día con rumbo á *Junin de los Andes*. Como á la una de la tarde atravesamos el arroyo *San Ignacio* y descansamos en su orilla derecha: los caballos corrieron inmediatamente á beber agua y á pacer la verde hierba de la pradera; nosotros nos desayunamos con un poco de fiambre y *vino añejo* del arroyo.

Luego nos pusimos todos con palas y picos á nivelar las gradas y saltos de pura piedra, que tenía la barranca, y que imposibilitaban la subida de los vehiculos: eran los primeros que pasaban por allí. Con todo se nos cayó una mula debajo del carrito: pero á fuerza de tirones y esfuerzos, alcanzamos poner en salvo mula y carro y cuanto llevaban encima.

A medida que avanzábamos por la meseta,



Cementerio de Indios del Neuenén.

íbamos perdiendo de vista la cordillera de *Chachil* y *Las Lapas*, y se nos presentaban nuevos horizontes, en cuyo fondo veíamos elevarse alta y erguida en forma cónica la cordillera de *Chapelcó* y el soberbio cerro *Lanin*, cuya cúspide parece tocar los cielos. Tiene 3.700 metros de altura: sus faldas están cubiertas de lava, pues, ha sido anteriormente un terrible volcán: presentemente sólo sabe de vez en cuando *respirar*, echando de su cráter globos de humo. Con sus eternas nieves, sirve como de luminoso faro á los viajeros, que la contemplan con maravilla, desde más de cuarenta leguas de distancia.

Á la puesta del sol descendíamos por la escabrosa y altísima barranca del río *Collóncurá*, el mayor afluente del *Limay*; y en su playa desenganchamos y soltamos los caballos. Dos buenos vasco-españoles, encargados de una pequeña casa de negocio allí existente y de la balsa del río, nos hospedaron lo mejor que su pobreza permitía. Por falta de cama arreglaron

para Monseñor un *catre* con cueros de lana, y para los demás destinaron un cubierto, donde guardaban pasto.

Pasamos la noche un poco durmiendo y un poco velando, porque el rumor de las aguas en su vertiginoso curso, nos recordaba que todo pasa en este mundo para irse al mar de la eternidad. Los indios le dieron el nombre de *Colloncurá*, ó *máscara de piedra*, por hallarse en la ribera una gran piedra, que se parece á la cara de un hombre. Como acabo de referir, este río es el mayor afluente del Limay; recibe las aguas de los tres grandes lagos *Aluminé*, *Lolog*, *Huechú-Lauquén* y otras lagunas de 213 kilómetros cuadrados de superficie y forman los caudalosos ríos *Aluminé*, *Catanlit*, *Quilquihue* y *Chimehuín*, sus afluentes.

El lecho, ó mejor dicho, el valle por donde corre está cerrado entre colosales y enormes barrancas, y tiene una anchura tan extensa de pedregales, que nos costó tiempo y fatiga el cruzarlo.

Entramos en otra vega muy verde y hermosa, con subida suave y graduada, y en tres horas llegábamos á la altiplanicie de otra barranca, no menos áspera, la del *Chimehuín*. El descenso fué largo y lleno de peligros; y sólo mediante un gran tino y las mayores precauciones, pudimos librarnos de alguna desgracia.

Descansamos á la sombra de un *chañar*; tomamos un poco de gracia de Dios y seguimos camino de *Junín*. Anduvimos toda la tarde por el delicioso y fertilísimo valle del *Chimehuín*, cuyos hermosos y encantadores panoramas no puede la pluma describir. Los muchos manzanos que lo pueblan, ostentando sus frutos sazonados, más de una vez tentaron á nuestros cocheros y cuarteadores, de trepar por el tronco y llegar á las frondosas ramas, para comer á discreción.

Después de cuatro horas de marcha por las faldas del peñascoso cerro del *Perro*, cuyos crestados picos semejan altos cipreses y gigantesos pinos, llegamos á las orillas del río *Quilquihue*.

En un corral que encontramos, largamos la caballada de repuesto. Pero sucedió que caballos y mulos se resistían y escapaban apenas veían el lazo, que los debía acollarar. Los arreamos una y otra vez y siempre saltaban el vallado y rompían las estacas del corral. En esto llegaron afortunadamente del *Colloncurá* el soldado con las nueve mulas, que se habían extraviado la noche anterior. Con su auxilio conseguimos atar

aquellas bestias embravecidas, y partimos, porque se nos venía encima la noche.

Vadeamos el caudaloso *Quilquihue* (en araucano quiere decir: *lugar de halcones*) con no pocas dificultades; y como el *manso alazán* de Monseñor era algo *petiso* (1) y el paso del río bastante hondo, caballo y caballero salieron refrescados y mojados de *lo lindo!*... A muy corta distancia atravesábamos el arroyo *Curruhé* (antiguo fortín), donde se nos encharcaron las mulas, y el carrito quedó clavado entre las piedras y en lo más hondo de la canal. A oscuras los soldados se arrojaron al agua, y entre gritos y empujones consiguieron sacarlo. Continuamos nuestro viaje nocturno, guiados por el P. Zacarías Genghini, venido á nuestro encuentro; y finalmente después de tanto desear y suspirar, llegábamos á noche avanzada á *Junín de los Andes*, habiendo empleado 50 días en penoso viaje, y recorrido, desde *Chos-Malal*, 130 leguas de camino.

No puedo, amado Padre, expresarle por escrito, las dulces emociones que experimentamos al entrar en la Casa-Misión de nuestros queridísimos Salesianos, donde tantos pobres niños indígenas y desvalidos reciben una sólida educación cristiana.

En la devota Capilla del Colegio tuvo lugar un solemne *Te Deum*, en acción de gracias por el feliz arribo de Monseñor y Comitiva; asistieron á tan simpática función numeroso público, nuestros niños y el Colegio de las Hermanas de María Auxiliadora.

La bendición con S. D. M., precedida de una breve alocución de Monseñor, dulcificó todas las penas y amarguras del viaje, y nos infundió ánimo, para realizar nuevas empresas á la mayor gloria de Dios y bien de las almas.

Espero, Dios mediante, enviarle pronto otra mia, referente á las misiones que S. S. I. piensa dar en *San Martín de los Andes*, en la colonia *San Ignacio* y en este pueblecito de *Junín*.

Acabo, presentándole las más atentas expresiones de parte de Monseñor y demás Padres Misioneros, y declarándome con el mayor aprecio de mi alma, obedientísimo hijo en J. C.

q. b. s. m.

JUAN BERARDI, Pbro.

(1) Provincialismo chileno equivalente á *pequeño*.

COLOMBIA

Don Albera en los Lazaretos de Contratación y Agua de Dios.

(Carta de D. Evasio Rabagliati)

REV.^{no} Y AMAD.^{no} SR. D. RÚA:

Veneradísimo Padre: Ya estamos de vuelta de la visita á los lazaretos. Hablo en plural por que no los he visitado solo, como solía hacer las otras veces, sino que fui en amable compañía con el Representante de D. Rúa, nuestro amadísimo D. Albera, y su secretario.

El 9 del pdo. Setiembre salimos de Bogotá con dirección al departamento de Santander, donde se encuentra el Lazareto de Contratación. A causa de la pasada guerra, los caminos son aún mal seguros y casi intransitables, así que tuvimos que dar un largo y penoso rodeo. En el trayecto empleamos once días, contando los dos que permanecemos en el Socorro, donde tuvimos que despachar con el Señor Obispo algunos asuntos relativos al Lazareto.

Paso por alto los mil variados percances de este largo, cansado y peligroso viaje á través de altas montañas y por caminos escarpados y peligrosos, pasando á darle cuenta de los copiosos frutos de bendición, que ha producido en estos Lazaretos la visita de su digno Representante.

A su llegada D. Albera, su secretario y el que suscribe distribuimos á cada leproso una suma de dinero, que la caridad nos había suministrado. Se repartió asimismo medio kilo de carne, medio de arroz y dos medidas de azúcar de caña á cada uno. De este modo D. Albera pudo aliviar aquellos pobres espíritus abatidos y aquellos cuerpos atacados por el peor de los males, la lepra. En esta buena obra él debió probar una dicha indecible, que no sabré explicar yo y cuyas impresiones él le describirá á su tiempo.

Aliviada así algún tanto las miserias del cuerpo, D. Albera se dispuso á refrigerar también las de las almas con ocho días de santa misión, á la cual todos los leprosos que podían tenerse en pié concurrieron con verdadero espíritu de fervor. Don Albera dictaba al mismo tiempo los ejercicios espirituales á las Hijas de María Auxiliadora que hay en el Lazareto, predicando tres veces al día. El tiempo que la predicación le dejaba libre, lo pasaba en el confesionario y todos los lepro-

sos, atraídos por su dulzura y caridad acudían á depositar á sus pies las miserias y penas de sus corazón. También el Secretario pasó aquellos ocho días de misión y á veces las noches, confesando á los enfermos, con no poco alivio del predicador y de los sacerdotes del lazareto. El fruto, gracias á Dios, fué abundante; durante aquellos días hubo más de 1600 comuniones. El mismo D. Albera celebró la misa de Comunió general y distribuyó con mano temblorosa y corazón conmovido el Pan de los Angeles. No faltó tampoco á las 9, la Misa solemne que ante el Smo. Sacramento expuesto, cantaron los niños del Lazareto, y D. Guzmán predicó *infra missam* con gran unción sobre el hermosísimo argumento de la Eucaristía.

A las dos de la tarde se hizo la solemne procesión que resultó imponente. Entre los cantos de unas cien Hijas de María dirigidas por las Hermanas, el disparo de morteretes y voladores, una muchedumbre de aquel pueblo paciente, conmovido y devoto, seguía detrás de los sagrados ministros. D. Albera, que llevaba el Smo. Sacramento, hubo de confesar después, que nunca había experimentado una conmoción tan profunda, como durante aquella procesión: así lo declaró en la plática que hizo como remate de la misión, añadiendo después las más hermosas y tiernas impresiones á nuestros queridos leprosos, para animarlos á mantener fervorosamente los propósitos hechos durante la santa misión.

No dudo en afirmar que, aquellos ocho días fueron para D. Albera una revelación del gran bien que los hijos de D. Bosco obran con estos pobres leprosos, y el tierno amor que éstos nutren por los Salesianos, que los asisten y dirigen con tanta abnegación.

Apenas terminada la misión, volvimos á Bogotá para ir desde allí al Lazareto de Agua de Dios. ¡Cuanta desolación y ruina ha por doquier sembrado la revolución que nos ha afligido por 38 meses y que aún no se ha extinguido del todo!

Llegamos á Bogotá el 28 de Septiembre y el 2 de Octubre salimos con dirección al Lazareto de Cundinamarca, ó sea, Agua de Dios.

El día 3 al caer de la tarde llegamos felizmente. La sorpresa de los nuestros y de los buenos leprosos fué grande, pues todos estaban atareados en preparar arcos triunfales para el día después, que según sus cálculos debía ser el de nuestra llegada.

Los pobrecitos quedaron algo mortificados

al vernos llegar sin haber aún terminado sus preparativos. Pero su trabajo no fué inútil, pues sirvieron más tarde para la hermosa procesión que se celebró después, de la cual hablaré más adelante.

Deseábamos ansiosamente saber si se les había anunciado á los leprosos la misión y si estaban preparados á ella. « Nada de eso, nos respondieron los sacerdotes del Lazareto: la Misión no se les ha anunciado por graves é insuperables inconvenientes.

Doce veces entraron en este Lazareto las guerrillas, que de tiempo en tiempo se sucedían durante los tres años de guerra civil y los infames saqueos que en él llevaron á cabo, han de tal modo exasperado los ánimos y encendido la enemistad y los odios entre los pobres enfermos, y estos odios son tan profundos, que bien pocos de estos pobres leprosos podrían sacar fruto verdadero de una misión. No nos parece que esté sea el tiempo más á propósito: y las fatigas de ocho días de predicación nos parece que serían infructuosas. Demos algunos meses de tregua, más tarde quizá se pueda conseguir algo, pero ahora sería predicar en desierto. »

Estas razones que nos expusieron para diferir á mejor tiempo la misión, nos parecieron fuertes, pero no convincentes. Así que la tarde de aquel mismo día, D. Albera, aprovechando la circunstancia de encontrarse la Iglesia llena de gente que había venido, ya para rezar el Santo Rosario, ya para ver al Representante de D. Rúa, anunció solemnemente la Santa Misión que había de comenzar el día siguiente. Animó á todos con palabras llenas de bondad y de unión, á que tomaran parte en ella y á que aprovecharan aquellos días de bendición, que el Señor en su gran misericordia les concedía. « Padeceis ya tantos tormentos en el cuerpo, concluyó diciendo, haced al menos que no deba padecer también vuestra alma; reconciliaos con Dios, ya que esto sólo de vosotros depende. Nosotros somos impotentes para sanaros la lepra del cuerpo, permitid que os sanemos al menos la del alma. »

La plática fué tan animada y hermosa que tocó el corazón de los oyentes. Pronto la nueva se propagó por todo el pueblo, y al día siguiente, al dar comienzo á la misión, la iglesia estaba completamente llena. D. Albera mismo predicaba todos los días y á pesar de que la hora era la más incómoda y la menos á propósito, la una de la tarde, y el calor era excesivo, pues á la sombra no bajaba el termómetro de los 35 y 37 grados, no obstante era numerosísima la concurrencia. El

argumento de sus sermones era siempre dirigido al corazón; la Gracia, la Virgen Sma, el Smo. Sacramento, el Amor de Dios y otros semejantes. Los frutos no se dejaron esperar, al tercer día ya los confesonarios se vieron asediados por numerosos penitentes y cinco sacerdotes estaban confesando hasta las 10 ú 11 de la noche. La Comunión general fué una cosa al mismo tiempo tierna y encantadora; duró desde las cinco á las siete y media de la mañana, y las comuniones que en este día se distribuyeron fueron más de cuatro mil. Hasta los más empedernidos cedieron al suave empuje de la gracia divina; y puedo asegurar, que todos los enfermos, sin excepción ninguna, arreglaron sus conciencias. Muchos, que llegados recientemente al Lazareto, no se habían confesado desde hacia treinta ó cuarenta años, recibieron los Santos Sacramentos con singular devoción. Otros, que en las misiones anteriores habían sido sordos á los llamamientos de la gracia, en ésta se rindieron fácilmente y confesaron sus culpas. Lo que sucedió en aquellos días, fué verdaderamente un milagro de la gracia. De todo sea dada al Señor, de quien viene todo bien, eterna bendición y alabanza.

También en Agua de Dios, distribuyó D. Albera personalmente una limosna á los pobres leprosos; y así pudo verlos y hablarlos á todos, excepto unos sesenta que á causa de la gravedad de su mal no pudieron presentarse. Los leprosos entonces eran noventa y dos y los sanos algunos miles.

Quizás parezca extraño que los sanos cohabiten con los enfermos: pero para ello tienen sus razones de comodidad y de parentela. Cada leproso tiene necesidad de una persona sana que tenga cuidado de él, por que á todos no podría llegar nuestra solicitud. Hay muchos que tienen necesidad de uno que les vista, como si fueran niños de pocos años, á otros por haber perdido las manos, ó por que no pueden servirse de ellas, hay que darles de beber y de comer precisamente como se le da á un recién nacido: otros son ciegos y necesitan uno que les conduzca; muchos de los sanos sólo viven allí, retenidos por los lazos del afecto y de la sangre. Estos son: hijos que no quieren separarse de sus padres enfermos, ó bien padres que no quieren abandonar á sus hijos; y los que absolutamente no tienen ninguna persona de la familia, tiene una de servicio. Por éstas y otras razones, el número de los sanos es mucho más

grande que el de los enfermos: ésto hace que Agua de Dios, sea una población *sui generis*, que quizá no tenga igual en el mundo. Hace algunos meses el número de los leprosos era de 1120, pero el hambre, la miseria y la enfermedad han diezmando á estos pobres desgraciados, reduciéndolos, como he dicho, al de novecientos setenta y dos.

Y no se crea que si no hay más, es por que falte el contingente; la razón es por que más de mil no cabrían en el Lazareto. Por desgracia en Colombia hay leprosos para llenar al menos unos treinta Lazaretos como éste; pues la estadista oficial de leprosos arroja la enorme y desconsoladora cifra de treinta mil. De modo que se necesitarían al menos 30 Lazaretos como el de Agua de Dios para recogerlos todos y así salvar á esta desgraciada nación del pestífero cáncer que la consume.

Volviendo á nuestro argumento; el domingo 19 de octubre, apenas terminada la Comunión general, se organizó una solemne procesión con la estatua de María Auxiliadora, que triunfalmente pasó bendiciendo á los habitantes de este desventurado pueblo. Rompía la marcha la cruz llevada por un niño del Oratorio festivo, seguido de unos cien Congregantes de S. Luis: detrás, las Hijas de María en número de ciento, acompañadas por las beneméritas Hermanas de la caridad, cantando la Letanía lauretana: á continuación la banda musical formada en su mayor parte de jóvenes leprosos, que precedían á la hermosa estatua de María Auxiliadora llevada en andas por seis hijas de María Auxiliadora; seguía D. Albera rodeado de otros cuatro sacerdotes escoltados por los 120 soldados de guarnición del pueblo: por último la muchedumbre del pueblo en masa, formando como el marco de aquel cuadro estupendo. Las calles estaban engalanadas como el día de una grande fiesta, y de trecho en trecho se levantaban hermosos arcos triunfales, que el corazón de aquellos buenos leprosos hubiera aún deseado fuesen más hermosos. Al llegar á las boca-calles, cesaban los cantos, se suspendía la música y el pueblo todo saludaba á la Virgen con el canto de la *Salve*, que D. Albera entonaba: después el celebrante con voz conmovida cantaba el *Oremus* para pedir á María Auxiliadora que bendijese con su mano materna á todo aquel pueblo, que desdichado y humilde tenía postrado á sus pies. Delante del hospital presenciábamos una escena que nos conmovió á todos. Las puertas estaban abiertas de par en par. De las paredes del edificio pendían en gracioso conjunto colgaduras y festones adornados con ramos y flores, y en el jardín estaban echados por tierra unos, acostados en pobres camillas otros y sostenidos los demás en brazos, todos los leprosos que no podían tomar parte en la procesión. En aquel conmovedor instante, arrancó del pecho de

todos el grito de: *Consolatrix afflictorum, Auxilium Christianorum, ora pro nobis!*

La procesión duró dos horas: dos horas de conmoción, y estoy por decir, de paraíso para aquel desdichado pueblo. Vueltos á la iglesia, rezamos el Rosario; hubo una breve plática y D. Albera dió la Bendición con el Smo. Sacramento. Al deponer los sagrados ornamentos oí decir á D. Albera, que estaba profundamente impresionado: « Nunca hubiera creído que en semejante población se pudiera organizar una procesión tan numerosa y solemne. He presenciado muchas y en diversos lugares, pero confieso que ninguna me ha conmovido tan hondamente como esta, que hemos celebrado en este pueblo de leprosos.» Yo que fui testigo de la misma escena, y que sentí en mi corazón las mismas impresiones, no dudo en repetir estas mismas palabras.

(Se continuará).

Libros regalados á esta Dirección

De Las Lecturas Católicas de Sarría (Barcelona). — *Noticias y reflexiones sobre los santos Reyes Magos:* Es un librito de preciosos é interesantes episodios acerca de la patria, carácter, usos, venida, adoración y fin de los tres devotos Reyes, que abandonaron sus reinos para adorar el verdadero Mesias; digno de leerse tanto por lo interesante de sus narraciones, como por la abundancia de buena y sana doctrina.

El Pecado Venial: su malicia, sus efectos y castigos, por el Pbro. sales. D. ANDRÉS BELTRAMI. Es la teología popular, explicada sencillamente y adornada de ejemplos acerca de la malicia del Pecado Venial.

Adrián ó el Corzo del Cabriés; narración sencilla y edificante, que puede aprovechar no poco á los padres, para persuadirse de lo importante que es dar buena educación á los hijos y á los hijos de lo nocivo que es la desobediencia á los padres.

Cada uno de estos tres folletos de más de 100 pág.; 0,50 pts. en rústica, 0,75 en tela.

Pensamientos y consejos para la juventud estudiosa, por el P. Adolfo de Doss S. I. — Obra aprobada por muchos Rvdísimos Obispos y dignidades. Con un grabado; en 12°; 482 pág. Precio fr. 4,50 en rústica; fr. 6 en tela de lujo; fr. 8,50 en piel, corte dorado.

Es una obra incomparable en su género, que por una vía fácil y persuasiva conduce al joven hasta la cima de la perfección. Puede servir de libro de lectura y de vasta meditación, no sólo á los jóvenes, sino también las personas adultas. (Herder-Friburgo de Briscovia).

Vade mecum Sacerdotis, para el 1903, de Pöpelin Hermanos, rue Segnier 3, París.

Precioso libro de apuntes para diario con el santo, color y advertencias de cada día y otras observaciones no menos útiles al sacerdote. Va acompañado de un tarjetero y elegante lápiz. Franc. 1,75, certificado y franco de porte 2,25. Se aceptan sellos.



GRACIAS
de María Auxiliadora

EL mes de las flores, esa guirnalda que el año se ha entretregido como su corona, esa sonrisa de la naturaleza, ha llegado ya. La Iglesia al verle tan engalanado y hermoso, le ha dedicado á la más hermosa de las Vírgenes, á la más adornada de las esposas, á la Sma Virgen, Reina de los cielos y bondadosa Señora de la tierra. Dedicuémosle nosotros también no sólo las flores de nuestros jardines, sino también las de nuestros corazones; coronemos sus reales sienes, no sólo con una corona de rosas, sino también con la corona más preciosa y más grata á sus divinos ojos de nuestras buenas acciones. Multipliquemos en este mes nuestra devoción y nuestras buenas obras, y Ella multiplicará sobre nosotros sus gracias y sus bendiciones.

Ella pide virtudes por palmas,
Corazones por templo y altar,
Para luz de sus ojos las almas,
Que desean su amor cautivar.
Flores, flores... que al templo ya viene,
Y en su trono de luz y á sus pies,

Querubines y arcángeles tiene,
Más que espigas y granos la mies.
Flores, flores las nubes derramen
De la Virgen sin mancha en honor;
Y su Reina los cielo la llamen,
Y los hombres su Madre y su Amor.

¡Viva María Auxiliadora!

El niño José María Lloréns Guinot, de tres años y medio de edad, venía padeciendo de una grave irritación intestinal. A consecuencia de esto el niño quedó muy debilitado y mucho más cuando le sobrevino el tifus, pues le redujo muy pronto al último extremo. Desesperados los médicos de su salud, pusieron en práctica los baños, que es el único remedio que aconseja la ciencia, y tampoco se notó mejoría; antes al contrario, en el último se quedó inerte y medio muerto, hasta tal punto que el facultativo sólo le daba tres horas de vida. Entonces acudimos á María Auxiliadora y le prometimos hacerle una novena, y si en ella se notaba la mejoría y le daba la salud hacerle una limosna para los niños de los Salesianos y una fiesta á María Auxiliadora. Al día siguiente cuando vino el médico, más para extender el certificado de la deunción que para visitarle, quedó admirado de ver al niño vivo. Hoy goza de más salud que antes. Agradecidos en extremo á María Auxiliadora le damos del íntimo del

corazón las gracias, y para que todos le den la gloria y alabanzas que se merece, deseamos que se publique esta gracia en el BOLETÍN SALESIANO.

Artana, 5 Enero 1903.

GERMAN LLORÉNS.

Gracias á María.

Cumpliendo con la promesa hecha á la Sma. Virgen, vengo á darle las gracias por el beneficio recibido.

Tres meses hacía que me encontraba agobiada de una peligrosa enfermedad, y viendo que no mejoraba nada, acudí á María Auxiliadora y á San Ignacio de Loyola, ofreciendo si mejoraba y conseguía lo que deseaba, publicarlo en el BOLETÍN SALESIANO.

El mismo día comencé, acompañada de algunos de mi familia, una novena á la Sma. Virgen y otra á San Ignacio; empecé á mejorar notablemente, y después de 3 meses me encuentro casi sana y espero quedar completamente curada con la protección de tan buena Madre.

Quiera Dios Nuestro Señor y su Madre Santísima, hacerme agradecida al beneficio recibido y hacer que la salud que me han devuelto la emplee como decía San Ignacio para mayor gloria de Dios.

Banfield (Rep. Argentina),
Diciembre 14 de 1902.

DOLORES PIERES DE BENCE.

Salus infirmorum.

Le escribo estos renglones para cumplir una promesa que hice a María Auxiliadora, que es verdaderamente *Salus infirmorum*.

Habíamos recibido en esta Misión a un pobre trabajador Milanés, llamado Carlos Peduzzi.

Éste estaba muy enfermo desde mucho tiempo hacía no podía moverse en su lecho sin dolor y sentía mucho no poder trabajar. Al contemplar su doloroso estado, me vino el pensamiento de hacer una Novena a María Auxiliadora por él, prometiendo hacer publicar la gracia en el BOLETÍN SALESIANO. El enfermo mejoró y ya puede trabajar. Bendita sea María Auxiliadora!

De V. Devmo. in *Corde Jesu*
Pbro. JUAN ZENONE.

Puntarenas, Noviembre 25 de 1902.

Es una verdadera gracia da María Auxiliadora.

Mons. JOSÉ FAGNANO.

María salud de los enfermos y consuelo de los afligidos.

Gozo de una dulce satisfacción, al cumplir un sagrado deber de gratitud para con nuestra amabilísima Madre María Auxiliadora, pues Ella me ha favorecido en muchísimas circunstancias, pero de una manera más palpable en 15 de ellas, en las que encontraba fuertemente afligido por unas vehementes palpitations del corazón, acompañadas de una inquietud horrible y de fatídicas ideas; no me quedaba otro recurso que acudir, a la protección de María Auxiliadora, repitiendo interiormente las invocaciones: *Salus infirmorum*, *Consolatrix afflictorum* y *Auxilium Christianorum, ora pro nobis*; formulando al mismo tiempo la promesa de que si me curaba en tales trances, publicaría la gracia que le pedía, en el BOLETÍN SALESIANO.

Sufría además la consecuencia de haberme preocupado vivamente con una idea, insomnios muy penosos, pues eran siempre acompañados de un malestar del cerebro y del corazón y de una angustiosa intranquilidad.

Como esta bondadosísima Madre se ha dignado oír mis súplicas, cumpla mi promesa, haciendo públicas estas gracias en el BOLETÍN, para que la Virgen Auxiliadora sea ensalzada cada vez más, y para que los que se hallan en circunstancias iguales, recurran

inmediatamente a Ella con la mayor confianza, teniendo por seguro que serán atendidos.

JULIO PADNERO P.

Cuzco (Perú), Enero 6 de 1903.

¡Cuan buena es María!

A fines del mes de Diciembre del año pasado, experimenté una vez más la bondad admirable de María Auxiliadora.

Fuertemente atormentado por unos frios y calenturas, con síntomas de más peligrosa enfermedad, me ví en grave peligro de perder la vida, truncando así los bellos ideales que concibieran mi mente y mi corazón de misionero.

En la aflicción que se apoderó de mi espíritu a pesar de mi conformidad con la Divina voluntad, acudí a la más cariñosa de las madres, a la Taumaturga Virgen Auxiliadora, solicitando de su maternal ternura no sólo la curación de mi enfermedad, sino también, me concediera llevar a cabo en poco tiempo la convalecencia que presentaba muy larga y llena de cuidados no pequeños.

A los pocos días de mi súplica y de haber prometido publicar la gracia en el BOLETÍN SALESIANO, desapareció repentinamente y con estupor del médico, la calentura, y por lo que estoy experimentando, la convalecencia no va a durar más que unos pocos días dejándome así en estado de reanudar las tareas escolares al comenzar las clases.

Agradecido a María, cumpla gustoso mi promesa y al manifestar mi gratitud a tan cariñosa Madre, hago votos para que cuantos necesitados hay, acudan a la Virgen de Don Bosco seguros de ser atendidos.

HUGO LUNATI
Salesiano.

Santa Tecla (Rep. del Salvador),
8 de Enero de 1903.

María, oye mis súplicas.

Padecía un hijo mío de dos meses un fuerte catarro intestinal y a mí además se me había retirado el humor lácteo con gran peligro de mi vida y de la de mi hijito. Los médicos me dijeron que al niño no se le podía aplicar remedio alguno por no permitirle su débil constitución y que yo no podía curar sin una operación peligrosa. Acudí en tal conflicto a María Auxilio de los Cristianos prometiéndole publicar la gracia. Me puse al cuello la medalla de la Virgen Auxiliadora y a los pocos días mi hijito sanó y yo pude librarme del serio peligro que me amenazaba.

Agradecida por tan gran favor cumpla mi promesa.

ANGELINA ACEBAL.

Vigo, 19 Febrero de 1903.

Dan con toda la efusión de su alma, gracias á María Auxiliadora, y envían una limosna;

Barcelona (España). *Mercedes Llorens y Carmen Casanada* por haber devuelto la salud á su hijo y hermano respectivamente y cumplen la promesa, publicando la gracia.

Benejama (Alicante). *D. F.*, por haberla socorrido María Aux. en una grave enfermedad y librado las cosechas del campo: agradecida da 7 pts. de limosna.

Guatemala. *Una Cooperadora Salesiana* agradecida por un favor recibido manda para limosna 5 pesos.

Fuente de la Higuera (Valencia). *Pedro Torres*, por varios favores que María Aux. le ha dispensado á él y á su familia manda 50 pts. de limosna como aginaldo á los huérfanos de D. Bosco.

Granada (Nicaragua). *Da. Angela P. v. de Alegría*, teniendo á una nieta suya gravemente enferma, recurrió á María Aux. ofreciendo la limosna de 5 pesos: muy pronto obtuvo la salud: Agradecida cumple la promesa. — La misma Señora teniendo á su hijo Ramón Alegría en un lugar muy inmediato al volcán Santa María, en Guatemala, afligidísima al tener noticia de la explosión de dicho volcán imploró á M. Auxiliadora ofreciéndole una limosna si salvaba la vida á su hijo: el joven Alegría, si bien sufrió

mucho en sus intereses salió personalmente ileso: hoy su madre cumple la promesa hecha.

Montevideo. *Práxedes B. de Huertas*, da un peso para una Misa por un favor recibido.

Pitrufquen (Chile). *Luis San Martín*, coop. sales. por haberle concedido en ocasión desesperada y crítica, trabajo y posesión con que ganarse el sustento; ofrece una limosna.

Ribas (Nicaragua). *Carmen Aranda*. Mi mamá fué atacada de una enfermedad en la vista, llamada gota serena: según opinión de los médicos el mal era incurable. En el colmo de mi aflicción acudí á M. A. ofreciéndole una limosna y publicar la gracia: empezó desde entonces la mejoría, y hoy está casi del todo buena. Agradecida cumple su promesa.

Utrera (Sevilla). *M. A. de Saavedra*. Da gracias á M. A. por un favor recibido.

Ibidem. *Antonia de Cossio*. Habiendo sabido que la hija de una amiga mía estaba gravemente enferma, envié una medalla de M. Aux. para que se la pusiesen al cuello. Apenas se la puso empezó la mejoría y hoy está completamente restablecida.

Vélez-Rubio (Almería). *El Pbro. D. Agustín Manchón y Romero*. Un sobrino mío de 4 años de edad ha sido curado portentosamente por María Aux.: cumpla la promesa de dar 5 pts. de limosna.

La Señora viuda de *D. Francisco Samartín Martínez* ofrece la limosna de 10 pts. por una gracia alcanzada de María Auxiliadora.

CRÓNICA SALESIANA

Utrera (Sevilla). — D. Guillermo Alzina nos escribe: «El triduo y fiesta de S. Francisco de Sales que hemos celebrado este año en el Colegio del Carmen de Utrera, sin ser de aquellas fiestas que tanto bombo y aparato revisten, nos ha resultado de una sencillez encantadora. Ha sido una de aquellas fiestas que en lugar de excitar, hacen sentir. Parecía que S. Francisco se hubiera encarnado y bajado entre nosotros á celebrar sus días. Quizás contribuyera mucho á todo ésto la circunstancia de hallarse entre nosotros el infatigable misionero salesiano, D. Domingo Milanésio, que con la cruz ante su pecho, nos recordaba al apóstol del Chablais, convirtiendo á los herejes. Quizás también la mansedumbre del santo magistralmente pintada á los niños por el P. Arévalo, Superior de los Misioneros del Sagrado Corazón de María, en el sermón del día de la fiesta. Porque en la Misa que cantó el P. Milanésio y que oficiaron nuestros cantores (que lo hicieron bastante bien), ocupó la sagrada cátedra el citado P. Arévalo, y nos puso tan de relieve la mansedumbre del Santo y tan magistralmente trazó sus rasgos, que nos sentimos más amantes y devotos. Dijo también que así como Elías infundió su espíritu á Eliseo, así en D. Bosco quedó encarnado el de S. Francisco de Sales. La conferencia de reglamento á los Sres. Cooperadores la dió el Padre Milanésio, en la que expuso el estado de las Casas de la Patagonia, interesando vivamente

al auditorio, que no le escaseó sus limosnas. Nuestros alumnos, amantes siempre de lo noble y generoso, estaban entusiasmados con el misionero, y no solo contribuyeron á la colecta con sus pequeños ahorros, sino que quisieron obsequiarle también antes de marcharse con una bonita representación dramática. *Los tres Mártires de Cesarea* se presentaron en escena sin duda tal como el autor los concibió; pero el cuadro final creo que superaba el ideal del autor. Bonitas poesías en honor de D. Milanésio, un afinado tercero de bandurrias y varias sinfonías ejecutadas por la banda, llenaron los entreactos. Dió también mucho realce á nuestra fiesta la presencia de nuestro querido Inspector D. Pedro Ricaldone y la del sabio y distinguido profesor del Instituto de Sevilla, D. Juan Pérez López, á quien desde estas columnas enviamos la expresión de nuestra gratitud por sus simpatías hacia la Obra Salesiana.»

Villaverde de Pontones (Santander) — Nos escriben:

Es ésta la primera relación que en las columnas del **BOLETÍN SALESIANO** leerán nuestros cooperadores, de la naciente Casa salesiana de esta población y servirá, según espero, para dar á conocer más y más la obra de nuestro querido P. D. Bosco.

Villaverde de Pontones es un pueblo de mediana población, que merced al carácter empen-

dedor de los que lo dirigen y á la actividad de sus habitantes, va cada día tomando mayor incremento. En él, rodeada al oriente de verdes campos se halla nuestra casa, morada un tiempo de las religiosas Trinitarias y posteriormente de las hijas del glorioso Príncipe y Obispo de Ginebra. A instancias del Sr. Director de la casa de Santander, el celoso y activo P. Angel Tabarini, el Excmo. Prelado de esta Diócesis Ilmo. Sr. Dr. D. Vicente Santiago Sánchez de Castro, que tan bondadoso se ha mostrado siempre con la Sociedad Salesiana, para darle una prueba más de su paternal amor, la cedió á los Salesianos por tiempo indeterminado, con el fin de fundar un asilo de jóvenes que deseen pertenecer un día á nuestra Sociedad, preparándose á tal objeto con la virtud y el estudio. Presentemente son diez y nueve los que animosos aspiran á ser verdaderos hijos de D. Bosco. Estos, en unión de sus Superiores, celebraron con extraordinario fervor la fiesta enteramente española de la Purísima, preludio feliz de otras de más entusiasmo.

Efectivamente, con la conveniente preparación, el día 31 de Enero, 15º aniversario de la muerte del Apóstol de la niñez, celebramos una espléndida velada músico-literaria para conmemorar las virtudes y trabajos del hombre providencial cuya caridad y celo se puede decir que llenan ya la faz de la tierra. Fueron invitadas á ella las personas principales de la población, cuya satisfacción fué la prueba más evidente de lo bien que resultó; y á la verdad los acentos inspirados que resonaron en ella no parecían fruto de un estudio prolongado, sino del amor que espontáneamente brotaba del corazón de todos los que cantaron las glorias del S. Vicente de Paúl del siglo XIX. Quien lo aclamaba como reformador de la sociedad, quien como salvador de la juventud, quien en sentida elegía lloraba su temprana muerte, depositando sobre su tumba la flor de la gratitud ofrecida por todo el mundo á su más gran bienhechor. Coronó la velada el bellissimo cuadro dramático: *El llanto de un Angel*, de D. Baldomero Vidal, en que como buen poeta y buen salesiano describe á maravilla las misiones de los Salesianos en América: en la última escena cuando el cuadro de D. Bosco apareció entre nubes de gloria al brillo de luces de bengala, se cantó el himno *La bandera de D. Bosco*, del M.º Garlaschi S. S., y ésto fué de efecto tan mágico, que toda la concurrencia estalló en ruidosos aplausos.

Debíamos celebrar el domingo 1º de Febrero la simpática fiesta de S. Francisco de Sales, Patrono de la Sociedad Salesiana, pero como el Sr. Inspector nos había prometido asistir á ella, la diferimos hasta que se hallara entre nosotros. Después de tantas ansias de verle, llegó aquí el 13 de dicho mes; entró en esta morada de paz en medio de las vivas entusiastas que brotaban de nuestros labios, é introducido en el salón de actos se cantó el antes mencionado himno: *La bandera de D. Bosco*, acto seguido adelantándose uno de los jóvenes le dió en un tierno y afectuoso discursito la bienvenida, augurándole con toda la efusión de su pecho lo que todos nuestros corazones le deseaban, todo cuanto un buen hijo puede augurar á su tierno padre.

El 14 celebramos en su honor una velada, cuyo brillante éxito superó en mucho las esperanzas que habíamos concebido. Era de ver el entusiasmo y desenfado de estos jóvenes en la declamación; parecían verdaderamente inspirados, pues no hubo más musas que el corazón no hablaba sino su

amor, por que todas las composiciones respiraban amor, y amor fué la nota que principalmente resonó en aquel concierto de gratitud y cariño filial. Representóse de nuevo el cuadro dramático: *Llanto de Angel*, siendo nuevamente aplaudido por todos los presentes. Dirigió luego algunas palabras el Sr. Inspector, terminándolas con un entusiasta *Viva María Auxiliadora* y *Viva D. Bosco*, contestados uno y otro por todos con fervor indescribible.

El domingo 15 fué destinado para festejar á S. Francisco de Sales. La comunión fué general; en la misa solemne, los cantores con gusto exquisito interpretaron la de Mons. Cagliero del Sagrado Corazón; ofició nuestro Sr. Inspector, siendo diacono y subdiacono respectivamente el Sr. D. Eugenio Gutiérrez, celoso cura párroco de esta población, y el Sr. D. Manuel Muñoz economo de Pontones: el Sr. D. Angel Tabarini con frase sencilla y correcta propuso á la imitación de los fieles al Santo de Ginebra.

Después de las Vísperas solemnes, ante un gran número de expectadores púsose en escena el drama *La victoria de S. Luis Gonzaga*, del P. Juan Minguzzi, salesiano, que despertó en todos los presentes gran entusiasmo, y los actores, aunque novicios en el arte dramático, sin embargo desempeñaron su cometido con gran desenvoltura y gusto: representóse además el no menos hermoso y moral cuadro dramático: *Amor divino*, también de D. Baldomero Vidal.

Parecía que ya estaban acabadas las fiestas y que la inusitada alegría que había reinado durante aquellos días debía tomar su estado normal, pero no fué así; porque el 16 lunes nos esperaba otra fiesta: ó mejor dicho, la conmemoración de un hecho glorioso para nuestra Patria y célebre en los fastos de la Sociedad Salesiana.

Efectivamente, en tal día se cumplían 22 años desde que los Salesianos pisaron por vez primera el suelo de España, y aquí esta conmemoración revistió un carácter del todo especial, porque teníamos entre nosotros á uno de aquellos intrépidos varones (el Rdo. Sr. D. Ernesto Oberti) que, abandonando su querida patria vinieron á salvar á la juventud española, bendecidos y alentados por el infatigable D. Bosco. Los jóvenes estudiantes de este instituto declamaron varias composiciones tiernas y entusiastas, que conmovieron al Señor Inspector al recuerdo de aquellos días, cuando por vez primera sembraron en este católico suelo la semilla de la obra salesiana, que debía crecer hasta llegar á formar un árbol gigantesco, cuyas frondosas ramas se extienden ahora por los cuatro ángulos de la Península Ibérica.

El 17 se fué de nosotros el que hasta entonces había alegrado nuestros corazones, el Sr. Inspector; fuimos todos á despedirle á la estación, donde tuvo para cada uno una sonrisa [de amor y una palabra de aliento.

Tales son las fiestas que en esta naciente casa hemos celebrado para agasajar á nuestro queridísimo Sr. Inspector, y para honrar á D. Bosco y á S. Francisco de Sales; los dos varones providenciales que envió Dios N. Señor al mundo, uno para convertir á los herejes á la verdadera fé, y el otro para apartar á los hijos de esta fé de las doctrinas corrompidas y corruptoras de estos días de tanta indiferencia é impiedad, en que parece que ya se haya declarado la guerra vaticinada por el Profeta de Patmos entre los hijos de la luz y los secaces del príncipe de las tinieblas.

Haga María Auxiliadora que la obra de Don

Bosco, destinada por Dios para producir mucho bien en el mundo se extienda más y más, y dignese enviar á esta casa muchos jóvenes de buena y firme voluntad para aumentar las filas de la hueste salesiana.

Artana-Castellón de la Plana (ESPAÑA).

— *Una visita.* — Nos escribe el celoso Director la Junta de Cooperadores Salesianos de dicha población, Pbro. D. Luis Vilar:

«Con el alma llena de satisfacción, debo comunicarle las gratas impresiones que en el ánimo de los buenos artaneses, ha dejado la visita, que á su regreso de Valencia, se dignó hacernos el digno Inspector de los Salesianos, Rdo. D. Antonio Aime.

Avisados de su llegada, salimos á recibirle, casi á dos kilómetros de la población, el clero acompañado de gran multitud y lo más selecto de la Pía Unión de Cooperadores. También los niños, esa porción predilecta de los hijos de D. Bosco, atraídos como por un imán, salieron espontáneamente en tropel á recibirle; y el Padre Aime, lleno del espíritu de su Fundador, los acogía con muestras de satisfacción, hablandoles y bendiciéndolos, á ejemplo del Divino Maestro, mientras ellos formaban la vanguardia del cortejo.

Considerando en el ilustre visitador un representante del inmortal D. Bosco, y siendo también la primera vez que teníamos la dicha de ver entre nosotros á un salesiano, se le hizo un recibimiento espléndido, inspirado por el grande amor que en esta población se profesa al Apóstol del siglo XIX y á sus Hijos.

A las 7 de la tarde, precedida por el rezo del santo Rosario, dió el Sr. Inspector una conferencia, en que por espacio de tres cuartos de hora, tuvo pendiente de sus labios á la numerosa muchedumbre que llenaba de bote en bote el anchuroso templo, produciendo en sus almas el fruto de una entera misión. Pero lo que fue más agradable al público fueron los hechos referentes á los principios y desarrollo de la Sociedad Salesiana, su objeto y los frutos que por todas partes va produciendo.

Por la noche, mientras se hallaba en compañía de algunos cooperadores fué gratamente sorprendido por una serenata que le dió la banda municipal.

A las 10 del siguiente día, salimos ya á despedirle, llenos de tristeza, á causa de su corta permanencia entre nosotros. Quiera el Cielo se repitan á menudo las visitas del P. Aime, que en tan pocas horas ha sabido grangearse el aprecio y estimación de este católico pueblo; y que veamos pronto instalada en esta población, una casa de los hijos de D. Bosco.

A nosotros sólo nos resta expresar nuestro reconocimiento hácia tan celoso Sacerdote, pues de un pueblo en que jamás puso el pie ningún Salesiano, ha sabido formar una familia salesiana compuesta de más de 150 Cooperadores, entre los cuales reina en todo su fervor el espíritu de Don Bosco, donde se profesa la más ardiente devoción hácia la Patrona de los Salesianos y hácia su santo Fundador. Reciba nuestros plácemes el digno Director de la Junta de los Cooperadores, y con él, todo el pueblo de Artana, que con tanto ardor favorece la causa de Cristo, fomentando la obra del inmortal D. Bosco.

Quiera el Señor oír sus votos, á fin de que pronto pueda abrirse en dicha población por lo menos

un Oratorio festivo, en favor de la juventud Artesana.

Ciudadela (Menorca). — Cortamos de una carta que una excelente Cooperadora salesiana nos dirige: «Para celebrar la llegada del nuevo Prelado, verifícase el 25 de Enero una academia músico-literaria en la que tomaron parte los Salesianos y los jovencitos obreros que concurren á las escuelas nocturnas. Lo que llamó en especial la atención de los concurrentes fué lo bien que desempeñaron su cometido, niños que sólo contaban la encantadora edad de cinco y seis años, los cuales arrancaron á todos nutridos y entusiastas aplausos.

El Sr. Director del Colegio, con la sencillez que le es propia, hizo un hermoso discurso sobre el estado moral y material de la Casa salesiana. Por lo que á mi toca, debo decirle, que si bien es halagüeño el desarrollo material que aquí va tomando la Obra Salesiana debido á la cooperación del Dr. Castellote, de varios distinguidos señores de esta Ciudad y de un humilde Salesiano que cedió sus bienes á dicha Casa, se impone, no obstante, la imperiosa necesidad de que se organice una junta al objeto de allegar cuotas mensuales, con que puedan mantenerse los pobres Hijos de D. Bosco; pues las que perciben de los Cooperadores Salesianos, no son suficientes para librarse de muchas privaciones.

Esta palabra privaciones comprendo que á la fuerza tiene que herir el bondadoso corazón de V.; pero aunque es muy triste el confesarlo, privaciones, y muchas, han tenido que sufrir los Hijos de D. Bosco, y quiera Dios que pronto puedan verse libres de ellas. Así lo confiamos con el auxilio divino; pues el amado Pastor que nos envió el Señor á Ciudadela y que prometió presidir la expresada junta, ama á los Salesianos como ovejas predilectas del redil que se le ha confiado; y las buenas disposiciones de que está animado su compasivo corazón para llevar á cabo dichos proyectos, hacen concebir muy halagüeñas esperanzas.

— En obsequio al Rdo. Inspector, D. Antonio Aime, tuvo lugar el 15 del pasado febrero la Conferencia Salesiana en la iglesia de Ntra. Sra. del Rosario. Después de leída por un Salesiano la carta que D. Bosco dirigió á los bienhechores de su admirable Obra poco antes de ir á recibir el premio de sus trabajos, subió al púlpito el Dr. D. Juan Tuduri, quien puso á la altura que se merece la benemérita Obra Salesiana, y hablando con elocuentes y hermosas frases de su venerando Fundador y de sus continuos y maravillosos trabajos apostólicos, y el bien que ellos habían reportado á todas las clases sociales, dijo que de él como del astro rey puede decirse: *que nada ha podido sustraerse al ardor de su ardiente caridad.*

Complacidísimos quedaron los Cooperadores al oír de labios del Rdo. Inspector un breve y fervoroso discurso, en el que recordó, que según el inmortal D. Bosco la palabra Cooperador Salesiano equivale á decir «Cristiano práctico». Acabando despues de otras reflexiones, por presentar al Ilmo. Prelado, los Cooperadores de la admirable Obra Salesiana, como rebaño escogido de su nueva grey.

Como digno remate á todo lo dicho, el Ilmo. Prelado dirigió su autorizada palabra, manifestando el alto concepto que se formó de la Congregación Salesiana tan luego como tuvo noticia de ella, concepto que aunque él lo ignoraba, estaba en

perfecta conformidad con el que formó de la misma el inmortal Pontífice Pío IX, como acababa de espesarlo el digno Sr. Inspector.

Acabóse la Conferencia con una colecta voluntaria y la bendición que dió el Ilmo. Sr. Obispo con S. D. M.: y como todas, dejó también grata impresión en los corazones de los concurrentes; impresión que no se borrará fácilmente de los que verdaderamente son celosos y caritativos.

En obsequio al amado Superior que los Salesianos tenían el consuelo de ver á su lado, verificóse también en su Colegio una hermosísima velada, en la que se pusieron en escena los dos preciosos dramas *San Hermenegildo* y *Covadonga*, en los que tomaron parte los alumnos de la escuela nocturna y diurna, leyéndose además bonitas composiciones literarias, todo lo cual, y sobre todo el drama *Covadonga*, fué muy aplaudido, llamando mucho la atención por haber actuado en él niños de muy tierna edad.

Sin duda alguna los desvelos y fatigas de los Salesianos arrancan una afable sonrisa de los dulces labios de D. Bosco, que los contempla desde la mansión bienaventurada, y una sonrisa no menos afable y una amorosa bendición por parte de María Auxiliadora, que de un modo tan visible los protege y los ampara. Y ésto mismo nos anima á confiar, que su poderosa intercesión atraerá sobre ellos nuevos beneficios del Sacratísimo Corazón de Jesús, uno de los cuales (y lo pedimos de todo corazón) será una bendición especial para la nueva junta que en breve, Dios mediante, se organizará. Este es el ardiente deseo de todos los buenos hijos de Ciudadela, que la aman con verdadero amor y desean para ella días de dicha y prosperidad.

Santiago (CHILE). — Cortamos del excelente diario *El Chileno*: « *La primera piedra de la nueva escuela profesional de Niños.* »

Con gran Solemnidad y una gran concurrencia de gente, en la cual se veían caballeros, señoras, obreros, niños, etc., se llevó a cabo el día 25 del pdo. Enero, la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la nueva Escuela Profesional que dirigirán las Hijas de María Auxiliadora.

El local, situado en la Avenida Matta entre Santa Rosa y San Francisco, se hallaba adornado con banderas y flores, y como es una espaciosa quinta, presentaba el más pintoresco aspecto.

Poco después de las cuatro comenzó el acto. El presbítero señor don Miguel León Prado pronunció el hermoso discurso que damos al final, y el obispo salesiano, Monseñor Costamagna procedió á bendecir y colocar la piedra con las preces y cánticos del ritual.

Dentro de ella se colocó en un frasco una acta conmemorativa.

Colocada ésta acta, hizo uso de la palabra, con la elocuencia que le es natural, Monseñor Santiago Costamagna, que logró impresionar hondamente al auditorio.

Dispuso que el Señor Presbítero Don Miguel León Prado se colocara á su izquierda, porque quería, dijo, tener al lado de su corazón á este benefactor sublime que competía con los ángeles del cielo, frase que fué muy aplaudida.

Monseñor se extendió largamente sobre los males de la sociedad moderna y señaló como uno de los medios más convenientes para remediarlos ó detenerlos, instituciones como la que se iba á fundar en ese sitio; á cargo de las Hermanas de Don Bosco.

A la terminación de la ceremonia, se dispararon algunos voladores y la concurrencia prorrumpió en entusiastas vivas.

Como dato complementario, diremos que en esta nueva magna obra cábele parte principalísima al presbítero don Miguel León Prado, ese cura admirable que parece no recogerse cada día á su lecho sin haber emprendido alguna obra en beneficio del pueblo.

Según el plano, el edificio será sencillo é imponente, de dos pisos, mirando hacia el Camino de Cintura y con un magnífico frontis de 102 metros de extensión.

La nueva institución comprenderá dos ramos de instrucción: en una, la técnica, se enseñarán los conocimientos de la Escuela Profesional fiscal, y la otra será un instituto de segunda enseñanza, para jóvenes de clase más acomodada.

El constructor de la obra es el conocido arquitecto Don Juan Veglia, y según nos dijo, piensa tener la primera parte del edificio terminada en septiembre.

El resto depende de las circunstancias, ó sea de los fondos con que sea posible contar.

Hemos dicho que estará á cargo de las Hijas de María Auxiliadora.

A este respecto es curiosa la siguiente coincidencia:

Las monjas salesianas las trajo por primera vez á Chile el presbítero Don Miguel León Prado, quien las pidió personalmente á don Rúa el mismo día de San Miguel, para la parroquia de San Miguel Arcángel. Según el popular párroco, esta triple intervención de San Miguel indica su poder en los sucesos humanos: ¡San Miguel nunca pierde!

He aquí la alocución que el apostólico párroco de S. Miguel Arcángel dirigió á la muchedumbre.

« Ilmo. Señor, Señores:

La presente fiesta tiene por objeto santificar, con las bendiciones de la religión, la primera piedra que servirá de fundamento á la Iglesia, escuela profesional é instituto de niñas que se edificará, Dios mediante, en este lugar; establecimiento que será dirigido por las Hermanas de María Auxiliadora.

Esta fiesta será, sin duda, precursora de un verdadero progreso, no solamente para los habitantes pacíficos y laboriosos de este barrio, sino también para todo Santiago.

Motivo de gran regocijo ha de ser este acto para las madres de familia, que viven de ordinario en medio de amargas inquietudes por los peligros que rodean á sus hijas.

Hoy, que las jóvenes que riven en el gran mundo no respiran sino una atmósfera llena de errores y peligros para su corazón y su cabeza, ha de causar un gran goce á las madres cristianas encontrar un establecimiento donde sus hijas reciban una educación intelectual, moral y física, fundada en los principios del Evangelio; donde aprendan labores de mano y economía doméstica y una profesión para que queden en aptitud de ganarse la vida.

Formar niñas sólidamente cristianas que sean útiles á la familia, á la sociedad y á sí mismas; inculcarles las luces de la ciencia con las bases salvadoras de la moral cristiana, he aquí el resumen del programa objeto de la labor que se impondrán las Hijas de Don Bosco.

Elocuente testimonio es éste de la inagotable y creadora fecundidad de la Iglesia Católica que, como madre tierna y cariñosa, sabe remediar los males de sus hijos y enjugar las lágrimas de los

que sufren: y por ésto ha fundado en todo tiempo asilos para huérfanos, hospitales para enfermos, casas de amparo para viudas, hospicio para ancianos y establecimientos de educación que, como éste, edificados á la sombra del templo y al amparo de la cruz, de cuyos brazos ha partido la verdadera civilización del mundo, vienen á formar generaciones de jóvenes empapadas en el espíritu de aquel que dijo: «*El que me sigue no anda en tinieblas*». «*Yo soy el camino de la verdad y la vida*».

Apenas, Señores, se ha contado con los recursos necesarios para pagar una parte del valor de este terreno: pero nos asisten para llevar á feliz término este establecimiento las bendiciones de Dios, la protección de María Auxiliadora y la caridad nunca desmentida del pueblo de Santiago, y esa fe que convierte el grano de arena en inmensa montaña.

El immortal Don Bosco mirará complacido desde lo alto del cielo, como va produciendo en todas partes frutos abundantes la semilla que él arroja. Con qué dulce satisfacción verá llegar á la patria celestial á tantas almas que hallaron en esta institución, la llave de oro con que se abre el cielo.

Y al agradecer á todas las personas que se han dignado venir á solemnizar con su presencia este acto, hago los votos más fervientes para que el Dios de las misericordias se digne derramar copiosamente sus dones sobre esta obra que será para su gloria y para el bien de las almas.



LA piadosa y géntil ciudad del Guadalquivir, la noble Sevilla, conserva como precioso tesoro en su Iglesia del Nombre de Jesús, un artístico y devoto Crucifijo.

La tradición, esa suave amiga de la historia, que sabe engalauar todas las páginas con el adorno de la leyenda, ha legado á este santo Crucifijo uno de sus más poéticos episodios. Hay tantas santas imágenes en el mundo, que además de la santa aureola de la antigüedad, llevan como herencia del tiempo escrita una tradición, como un viajero su pasaporte, llevan tras sí un nimbo de misterio como una nave su estela.

Le llaman el Cristo del Amor Hermoso y es una artística escultura del siglo XVII, obra del célebre Martínez Montañés. Su historia es tan poética, como lo son todas las que llevan el sello de la piedad, tan admirable como lo han sido todos los designios del Señor.

Era una tarde del 1630. Martínez Montañés acompañado de algunos de sus discípulos, llevaba

cubierta con un paño negro á la Iglesia de N^a S^a de la Consolación la admirable obra, la artística escultura que representaba á Jesús en la Cruz. En la Iglesia estaba ya preparada la cruz en que debía fijarse la imagen y los Religiosos Terceros esperaban al insigne escultor.

No había ya tiempo que perder; comenzaba ya á ocultarse el sol y la imagen debía quedar enclavada aquel día mismo.

Subieron al andamio Martínez Montañés y sus discípulos. Para colocarla se necesitaban manos peritas, pero Pablo, su discípulo más amado y diligente no permitió, para evitarle fatiga, que lo hiciera su maestro. Había que enderezar la sagrada imagen, que sostenían dos mozos, y Pablo para tomarla por debajo de los brazos, apoyó la cabeza de la imagen en su pecho, y como tuviese que emplear todas sus fuerzas para moverla, le cruzó por la mente este impio pensamiento: ¡Señor, si mucho os pesé, en verdad que no poco me pesáis Vos!

Un agudo grito siguió á esta blasfemia mental.

Pablo, perdido el color y el conocimiento, se desasíó del Cristo, llevóse la mano al pecho y hubiera caído del andamio, á no sostenerle uno de los mozos, mientras el maestro y los otros discípulos acudían á prestarle auxilio.

Nadie se explicaba lo ocurrido. Todos los concurrentes rodearon á Pablo, y el Montañés, viendo que apretaba con ambas manos el lado izquierdo del pecho y que en ellas había sangre, abriole las ropas: — ¡Estás herido! exclamó el maestro con angustia. — ¡Estoy herido.... de amor! respondió Pablo con voz desfallecida. Se incorporó, dirigió sus miradas á la efigie del Redentor y dijo como arrebatado en éxtasis:

— ¡Bien hagan este llanto y esta sangre, que á ellos, Señor, deberé por vuestra infinita misericordia el perdón de mis culpas! ¡Bien haya esa sacratísima espina, con que punzásteis este empedernido corazón, que desde hoy será todo vuestro. ¡Dulzuras de miel, siento en el pecho, pues parece que con la aguda espina me ha entrado en él un rayo de vuestra gloria! ¡Vuestro, vuestro quiero ser toda la vida, y después toda la eternidad, bondadísimo Señor mío!

Y volvió á quedar como absorto y sin sentido.

Martínez Montañés, los frailes y cuantos ésto presenciaban, estaban asombrados del prodigio.

Y allá en el altar, la imagen del Redentor, medio bañado el hermoso rostro por la débil claridad del crepúsculo, parecía sonreír dulcemente y tender amoroso los brazos al herido, como á oveja descarriada por tanto tiempo y vuelta al redil del Buen Pastor.



MEMORIAS BIOGRAFICAS

DE

MONS. LUIS LASAGNA

CAPÍTULO XIV.

(Continuación)

«Recuerdo siempre con admiración, escribe D. Cerruti, la escena que presencié una tarde de Septiembre del 1876. Paseaba yo en el patio interior del viejo colegio de Lanzo, cuando se presentó á mi D. Lasagna todo consternado y lloroso. — ¿Qué tienes? le pregunté. — Vengo ahora mismo, me respondió, de ver á D. Bosco, y me ha dicho que debo partir para América en calidad de Director del nuevo Colegio de Villa-Colón. Y como yo le opusiere dificultad y le expusiere mis observaciones, él me respondió que no me mandaría contra mi voluntad; que me daba 24 horas de plazo para determinar, y que después volviere á darle la respuesta decisiva que más me pluguiese. Por Dios le pido, continuó diciendo, haga V. amado Director, que yo quede en su compañía; ó más bien responda á Don Bosco por mí. Siento gran repugnancia en abandonar la dulce paz de Alassio, dejar á mis alumnos y la patria: dispuesto estoy aunque sea á dar clase á los párvulos, con que sea con V. en Alassio: además soy aún demasiado joven é inexperto para ser Director. — Mira, mi querido D. Lasagna, le respondí yo: sólo Dios sabe cuanto es mi dolor por tu ida al América y cuanto lo sentirán los de Alassio, en donde has trabajado tanto; pero ni yo, ni tú podremos estar tranquilos, si no ahogamos en nosotros la voz del afecto, para entender sólo á la del deber. No me creo capaz de hablar con D. Bosco para que tú permanezcas aquí: sentiría en mi corazón un remordimiento por tal propuesta; si D. Bosco te ha mandado una cosa semejante, tendrá sus motivos y fines particulares y en resistirle haríamos mal. Haz pues, lo que voy á decirte; vuelve á ver á D. Bosco, expónle, ó mejor dicho, repítale las dificultades, repugnancias y luchas interiores que sientes, y después abandónate plenamente en sus manos; él dispondrá, lo que crea más conveniente para la gloria de Dios y bien de tu

alma. — Al día siguiente vino á verme tranquilo y resignado: hice, me dijo, lo que V. me aconsejó: D. Bosco después de haberme escuchado, me respondió: Está bien, prepárate á la partida; y yo respondí: partiré.

«Este rasgo, que en sí mismo demuestra la eficacia de la gracia divina y la energía poderosa de su voluntad, me lo recordaba á menudo D. Lasagna ya de palabra, ya por carta, añadiendo que desde aquel momento no había experimentado duda ni inquietud alguna en su vocación de misionero y que muchas veces, en las conferencias, que daba á sus hermanos, se lo refería como prueba de que la obediencia es una victoria y de que D. Bosco, como verdadero padre, cuando las circunstancias lo exigían, era no solo dulce sino también enérgico.»

Tres años más tarde, el 3 de Abril de 1880, describiendo la angélica muerte de una hija de María Auxiliadora, Virginia Magone, Don Lasagna mismo hacía alusión á estas sus pasadas luchas y escribía: « Cuando yo recibí la orden de ir á misiones, enfermo y débil como estaba, pasó por mi mente este triste pensamiento: ¿porqué me mandan á morir solo y sin consuelo en lejanos países á mil leguas de mi venerado padre D. Bosco y del Santuario de mi amadísima Madre María Auxiliadora? Ahora debo decir, que no sólo no he muerto, sino que á despecho de todos mis sufrimientos, tengo la esperanza de trabajar aún mucho á gloria de Dios, y me he persuadido además de que María Auxiliadora, Madre tiernísima en la vida y solícita y afectuosísima en el instante de la muerte, nos acompaña doquiera, como si quisiese pagarnos así el sacrificio que hemos hecho de dejar la patria y venir á estos lejanos países á predicar la gloria y el amor de su Divino Hijo. ¡Oh! ¿y quién no envidia la muerte de Sor Virginia? Yo la envidio y la espero. Yo también soy hijo de María Auxiliadora y de Don Bosco, y, cuando llegue mi hora, esperaré la muerte tranquilo en los brazos amorosos de Jesús y de María.»

CAPÍTULO XV.

El adiós á su madre — Un recuerdo del tutor — Inquietudes por la salud — Viaje á Roma — A los pies de Pio IX — El 12 de Noviembre del 1876 en el Santuario de María Auxiliadora — Una palabra de D. Bosco — El adiós de despedida — En coche.

Acercábase ya el día, en que la segunda

expedición de intrépidos Misioneros salesianos debía emprender el viaje para las apartadas regiones de América meridional. Todos se dedicaban con afán á hacer los preparativos para el viaje y á estudiar la lengua española, para que al llegar á su destino pudiesen saber al menos algunas palabras, procurarse las cosas indispensables para la vida y pedir las necesarias informaciones. El entusiasmo por las Misiones crecía cada día más á medida que se acercaba el tiempo de la partida. Sólo D. Luis Lasagna se consumía dolorosamente con una dolencia interior que lo atormentaba noche y día, á pesar de que estaba firme en el propósito de partir y había ofrecido á Dios el sacrificio de su vida.

Se llamaron á consulta los más entendidos facultativos de Turín, y sus hermanos le rodeaban de los más amorosos cuidados; pero de nada sirvió todo eso al pobre enfermo.

En circunstancia tan dolorosa no faltó quien pensara que, exponer á un sacerdote tan joven, de tan halagüeñas esperanzas y en tan grave estado á los contratiempos de un viaje, era una crueldad imperdonable: y dado que llegara á América, se decían ¿cómo es posible que él pueda dedicarse al inmenso trabajo que allá le espera? ¿Cómo encontrar allá peritos en el arte médico para conservar una existencia tan preciosa? Así discurrían los que no tenían en cuenta los designios de Dios y no dirigían sus miradas más allá de las cosas humanas. Pero Don Bosco, que tenía tiernas entrañas de amor y caridad para sus hijos, pensaba diversamente. Sin duda, él tenía otras intenciones y otras luces, que eran las que criticaba la mal entendida prudencia humana, y por esto permanecía firme en la primera decisión de que D. Lasagna partiese.

Entretanto, el generoso Misionero ya algo restablecido de los dolores nefríticos que le atormentaban, y asegurando á D. Bosco que sin peligro podía ponerse en viaje, se dispuso á dar el adiós de despedida á las personas, á quienes estaba vinculado con los lazos de la gratitud y de la amistad; no debía tampoco olvidarse de la patria, de su madre, de sus parientes y de su tutor. Marchó pues á Montemagno para darles la noticia de su próxima partida para América. El Doctor Rinetti quiso por despedida darle una muestra de su aprecio. Invitó, pues, á una comida á las autoridades del pueblo y á los principales amigos de D. Lasagna y, entre las mil demostraciones de estimación y afecto, le ofreció un precioso cáliz. Era esta una dulce necesidad de volver en las lejanas regiones de su misión, su pensamiento á Montemagno y de ro-

gar por los suyos siempre que celebrara la santa Misa.

No fué poco el sentimiento que el tutor experimentó al separarse de su pupilo: pero su dolor, si bien vivo, era tranquilo cual conviene á un hombre que sabe vencerse á sí mismo. Se contentó sólo con hacerle algunas afectuosas recomendaciones sobre su salud, le aconsejó que pusiera un freno á su natural activo y demasiado emprendedor, y no dudando de que con el beneplácito de D. Bosco todo resultaría felizmente, con un ternísimo abrazo lo despidió.

En aquella ocasión se mostró más afectuoso que nunca con su madre, que á causa de la separación, estaba inconsolable. Y como la piadosa señora se oponía con todas sus fuerzas, el buen D. Lasagna, sacando un hermoso cuadro de la Virgen de los Dolores, que había traído con el intento de regalárselo como filial recuerdo y presentandóselo, dijo: Querida madre, si grande y doloroso es el sacrificio que debe V. hacer en este instante, le aseguro que no es menor el que á mí Dios me impone por medio del mandato de mis superiores. Sin embargo quiero hacerlo con generosidad y le suplico que V. asimismo quiera mostrarse generosa con Dios. Otra Madre, cuya doliente efigie le ofrezco como memoria de mi filial amor, tuvo también que separarse de su Hijo á quien amaba con todo su corazón y por esta cruel angustia, la Madre de nuestro Salvador, Jesús, fué la Reina de los Mártires. Unid nuestro sacrificio al suyo, y por amor á la Virgen de los Dolores, permitid que yo vaya á donde me envía la obediencia. Rezando ante este cuadro, encontrará V. alivio en sus aflicciones.» También los amigos y conocidos del pueblo y de los lugares vecinos dieron mil demostraciones á D. Lasagna de su aprecio, pero él se sustrojo pronto de ellas, por que, si por una parte le daban gran consuelo, por otra le hacían más penosa la separación. — Pero le quedaba aún por hacer una visita de capital importancia para todos los misioneros.

D. Bosco, que nunca emprendía una obra de alguna importancia sin tener antes la aprobación y bendición del Padre común de los Cristianos, quiso que, apesar de la extrema escasez de medios y de los grandes gastos y sacrificios que tenía que hacer para ello, los veintitrés Misioneros, de que constaba esta segunda expedición, fueran a Roma á postarse á los pies del angélico Pío IX, el más insigne de los bienhechores de la Pía Sociedad Salesiana. El Santo Aniciano en el extremo de su incomparable bondad, dignóse

recibirlos en particular é íntima audiencia y animarlos con palabras paternales, que quedaron grabadas con indelebles caracteres en la memoria y en el corazón de aquellos jóvenes heraldos del Evangelio. Les impuso después la obligación de evangelizar á aquellos pueblos, repitiendo y comentando sabiamente las palabras del Divino Maestro: Id á enseñar á todas la gentes: *euntes, docete omnes gentes*; les colmó de paternales afectos y les dió la bendición apostólica á ellos y á sus futuras misiones. Bendecidos por el mismo Vicario de Jesu-Cristo y enviados por Él á ejercer su apostolado en medio de los habitantes de las apartadas regiones de Colón, aquellos buenos Misioneros recobraron en su alma las más hermosas esperanzas. Pero en particular D. Lasagna, sintió inflamarse en su fantasía ardiente y activa la llama de aquel entusiasmo que tan natural le era cuando se trataba de una noble empresa. Cuando estaba postrado á los pies de Pío IX, le vino á la mente la hermosa idea de dedicar al Augusto Pontífice, el Colegio que debía fundar en Villa-Colón.

Al considerar además la inmensa estimación y el paternal afecto que nutría el Jefe de la Iglesia por D. Bosco, y cuánto bien se esperaba de la Sociedad Salesiana, apenas nacida ayer, su consuelo no tuvo límites y propuso con firme resolución de permanecer siempre fuerte y fiel en medio de las luchas de la vida salesiana. Además, esta visita al Sucesor de S. Pedro aumentó en él más y más el amor á la Santa Sede y contribuyeron no poco aquellas gratas impresiones á calmar sus dolores, no obstante las múltiples incomodidades del viaje.

La tarde de 12 de Noviembre de 1876 se celebró en el Santuario de María Auxiliadora la función del conmovedor adiós y del fraternal abrazo.

Resultó esta función tan tierna y conmovedora, que tocó las más íntimas fibras de todos los corazones y no pocos derramaron lágrimas de alborozo y de tristeza al mismo tiempo.

Era un hermoso espectáculo ver en el presbiterio, en recogida actitud, ventitrés jóvenes Misioneros, de los cuales algunos estaban persuadidos de que nunca orarían ya en aquella iglesia, nunca volverían á ver á su patria, nunca verían á sus padres y parientes, y lo que más los afligía, nunca volverían á contemplar el sonriente y afectuoso semblante de D. Bosco. Allí á los pies de María Auxiliadora, se habían reunido para impetrar del Señor la gracia de tener un viaje feliz y

de recoger en el campo que la obediencia les confiaba, abundantes frutos de salvación.

D. Bosco subió á la cátedra de la verdad, y si bien rendido por los cuidados y fatigas, que la partida de los Misioneros le había causado, con elocuencia que no tenía igual, tuvo por más de media hora pendientes de sus labios al compacto auditorio, compuesto de lo más granado de la nobleza Turinense.

Dijo que al despedir en Noviembre del pasado año, á los primeros Salesianos que iban á las lejanas tierras de América, su alma había estado en penosas dudas, al considerar si sería buena y grata la acogida que debían darles.

Les presentó ante sus ojos el inmenso campo de acción que la Providencia les tenía reservado; cómo con vivas instancias sus hermanos habían pedido ayuda de personal y que para satisfacer sus justos deseos é impedir que desfalleciesen bajo el peso de un trabajo excesivo, había preparado aquella segunda expedición no sin grandes fatigas y sacrificios; añadió que varios de los nuevos Misioneros estaban destinados á la República de Uruguay, donde se les abría un campo vasto é inculco, que prometía con sus trabajos dar frutos abundantes. Dió también á los buenos Cooperadores la grata noticia de que quizás en breve podrían los Salesianos internarse en las Pampas y en la Patagonia, región extrema de América del Sud, para evangelizar aquellas tribus, donde aún no había penetrado ningún sacerdote. Habiendo después exhortado á los Misioneros á que con resolución y generosidad partiesen, y á que con paciencia soportasen las inevitables privaciones y los trabajos de la vida apostólica, seguros de que con ellos iban la protección de María Auxiliadora y las oraciones de sus hermanos, concluyó su sermón con un ardoroso llamamiento á la caridad de los oyentes, invitándoles á concurrir con sus limosnas al éxito feliz de aquella Misión y á participar de tal modo á los méritos que en la misión ganaban los valerosos propagadores del Evangelio y de la civilización cristiana.

Finalmente dió la bendición con el Smo. Sacramento á los celosos Misioneros, que después de haber rezado las hermosas oraciones del *Itinerarium clericorum*, se acercaron á sus superiores y hermanos para darles y recibir de ellos el fraternal abrazo de despedida. Nosotros, que ya conocemos íntimamente el generoso y sensible corazón de D. Lasagna, podemos fácilmente imaginarnos, como aprisionado en el pecho le palparía en aquel instante, al reclamar la naturaleza sus dere-

chos, y cuán cara debió costarle aquella extrema separación. Hubiera sido pretender demasiado que aquella conmovedora escena se desarrollase sin lágrimas: pero aquellas eran lágrimas de ternura y de resignación, que Dios mismo bendecía y recogía como preciosas perlas para engastarlas en la corona que á su fiel siervo preparaba. En tal angustia, le quedaba aún á D. Bosco que lo acompañaría hasta Génova. Al atravesar la apiñada muchedumbre que llenaba los ámbitos de la Iglesia, era el blanco nuestro buen Misionero, de muestras especiales de veneración por parte de algunos Cooperadores, hasta quienes había ya llegado la fama de sus méritos, y que gozosos al par que conmovidos, le besaban la mano y le daban el último adiós.

Por otra parte todos estaban admirados de ver tanta resolución y generosidad en quien tenía el cuerpo consumido por tantas dolencias. Llegado á la puerta del Santuario de María Auxiliadora, montó con Don Bosco y Don Bodrato en uno de los carruajes, que estaban preparados para llevar á la estación á los Misioneros, y pudo sustraerse á las miradas de la ávida muchedumbre, que le acompañaba con la vista.

Después de algunos instantes de silencio, Don Bosco tomó la palabra para poner en calma su agitado corazón y restituir la sonrisa habitual á sus labios. Las mil emociones y angustias que D. Lasagna hubo de experimentar en aquel día, trajeron á su alma la plena convicción de que, quien desea recoger frutos de alegría debe esparcir la semilla de las lágrimas: *Qui seminat in lacrimis, in exultatione metent*; que si el grano no muere en la tierra, no puede ser semilla fecunda: *Nisi granum frumenti mortuum fuerit, ipsum solum manet.*

(Continuará).



Da. Dolores Serra de Chopitea
Viuda de Pons.

EL día 26 del pasado Marzo se durmió en el Señor con la muerte de los justos aquel ángel de cristiana caridad, aquella alma

de bondad incomparable, que en vida se llamó Doña Dolores Serra de Chopitea, hija de la santa y caritativa Doña Dorotea de Chopitea.

Amaestrada en la escuela de caridad de su virtuosa madre y dotada de abundantes bienes de fortuna, se dió toda al santo oficio de auxiliar á los pobres, consolar á los desvalidos, ayudar á los obreros y cooperar á todas las instituciones religiosas que tienen por objeto la caridad.

Consagró infatigable todos los días de su existencia al ejercicio de la propagación del bien y prestó á todas las Asociaciones católicas, no sólo sus limosnas, sino su cooperación personal; trabajó incansable en el desempeño de la caridad hasta los últimos días de su vida, con celo ardiente, con entusiasmo religioso, que ella en su acrisolada virtud, supo sacar y beber en la fuente inagotable del Corazón de Jesús.

Los pobres y los desgraciados, que fueron siempre el objeto de sus cuidados más que maternales, dieron una prueba de su gratitud y de su afecto hácia la ilustre finada, en el triunfal entierro que se efectuó el día 28. Rodeaban su cadáver millares de obreros y de pobres, numerosas representaciones de asociaciones católicas, que con lágrimas en los ojos, iban á contemplar, por última vez, los restos de la que fué su decidida bienhechora, del ángel de la caridad, que en vida había sido su ayuda, su consuelo.

No último objeto de sus cuidados, fué nuestra Pia Sociedad, que en ella encontró una fiel imitadora de la caridad de su ilustre madre.

Sea esta una flor de reconocimiento y de dolor que depositamos sobre su tumba, y al paso que damos á su consternada familia nuestro sentido pésame, suplicamos á nuestros amados lectores recomienden en sus oraciones á la ilustre y caritativa D.^a Dolores Serra de Chopitea.

R. I. P.

